
Introducción a la historia de la cultura contemporánea

PID_00245930

Jaume Claret Miranda
Manel López Esteve
Joan Fuster Sobreperre

Tiempo mínimo de dedicación recomendado: 5 horas



Jaume Claret Miranda**Manel López Esteve****Joan Fuster Sobrepera**

Los textos e imágenes publicados en esta obra están sujetos –excepto que se indique lo contrario– a una licencia Creative Commons de tipo Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada (BY-NC-ND) v.3.0. Se puede copiar, distribuir y transmitir la obra públicamente siempre que se cite el autor y la fuente (Fundació per a la Universitat Oberta de Catalunya), no se haga un uso comercial y ni obra derivada de la misma. La licencia completa se puede consultar en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/legalcode.es>

Índice

1. La historia cultural	5
1.1. El nacimiento de la historia como disciplina moderna y la historia cultural: positivismo, historicismo y ciencia social	6
1.2. El periodo de entreguerras: los dos caminos de la historia cultural	10
1.3. La revolución historiográfica de la posguerra	12
1.3.1. Los <i>Annales</i> y el estructuralismo en Francia	12
1.3.2. El marxismo británico	16
1.3.3. Las teorías de la modernización	21
1.4. La crisis de los grandes paradigmas de posguerra	23
1.4.1. El giro cultural	23
1.4.2. El postestructuralismo	26
1.5. Teorización de la narratividad: White, Ricoeur y de Certeau	29
1.6. La identidad, de la representación a la construcción: nación, género, raza e historias subalternas	33
2. La historia de la contemporaneidad como problema	40
2.1. El nacimiento de la historia contemporánea como disciplina moderna	41
2.2. De la contemporaneidad a la historia del tiempo presente	42
2.3. Historia y memoria	44
2.4. Los debates sobre la memoria histórica	47
3. La historia de la cultura en la era de la información	53
Bibliografía	57
Anexo	59

1. La historia cultural

La historia de la cultura entendida como subdisciplina que se ocupa de las producciones y manifestaciones artísticas es tan antigua como la propia historia. En nuestra tradición occidental, junto con el estudio de la política, la guerra, el estado o la vida de los grandes hombres, se ha centrado siempre en el estudio y evolución de las obras artísticas en su marco histórico. Sin embargo, este apartado no se ocupa específicamente de presentar el estudio de la historia del arte, la literatura o las ideas, sino de un concepto más amplio definido a partir de finales del XIX por parte de las nuevas ciencias sociales: la cultura.

Entendida como algo más amplio que las representaciones artísticas significativas, la cultura trata del conjunto de prácticas, creencias, símbolos y procesos conformadores del universo no material de una sociedad.

Con el siglo XX, esta concepción se ha ido consolidando y, a partir de mediados de siglo, ha incorporado también los medios de masas y el mercado asociado a estas actividades: el **mercado cultural**. La historia ha sido muy sensible a esta transformación, puesto que la cultura ha ido ocupando un papel cada vez más central en su material de estudio: el **ser humano** y su **vida en sociedad**.

El siglo XVIII ve nacer las academias como centros reguladores de las distintas disciplinas, bien por parte de las monarquías ilustradas, como es el caso de Francia o España, con la Real Academia de la Historia o la Academia de San Fernando, o bien a partir de iniciativas privadas, como las academias de la Junta de Comercio de Barcelona o la Academia de Buenas Letras. Es en este momento cuando los centros científicos para el estudio de la historia y de las bellas artes se generalizan, y todos tratan el estudio y la clasificación de las obras de arte y sus autores, y en algunos casos toman las primeras iniciativas museísticas al margen de las colecciones privadas o reales. Sin embargo, a mediados del siglo XIX, con la formulación del programa científico positivista, las distintas disciplinas científicas adquirirán autonomía entre ellas, una clara delimitación y unos métodos comunes, que serán considerados como el fundamento teórico y metodológico de estas disciplinas.

Como veremos, en el caso de la historia será el alemán Leopold von Ranke (1795-1886) quien en el segundo tercio del siglo XIX asentará las bases de una manera de entender la práctica de la historia, que ha llegado hasta hoy como una especie de «sentido común disciplinario», al menos en cuanto a los supuestos de la práctica del historiador. Esto no quiere decir que el positivismo de Ranke, basado en la creencia de que los procesos históricos están sujetos a leyes o generalizaciones parecidas a las de las ciencias naturales, fuera en este

periodo fundacional de la moderna disciplina histórica –hasta el final de la Segunda Guerra Mundial– la única corriente historiográfica, ni la única filosofía de la historia. Al mismo tiempo que el positivismo se desarrolló el **historicismo**, nacido también en Alemania y vinculado al idealismo hegeliano, que parte de la idea de que cada periodo histórico es único y tiene que ser estudiado en sus propios términos. Asimismo encontramos el **humanismo**, que trata la historia como el estudio del hombre y su naturaleza esencialmente inmodificable a través del tiempo, es decir, la existencia de valores suprahistóricos inmutables.

Aun así, a pesar de que la herencia rankiana ha tenido un largo y poderoso impacto en los historiadores, en los años de entreguerras el historicismo disfrutó de un amplio reconocimiento en el campo de la filosofía de la historia. Sin embargo, las corrientes que impactaron con más fuerza a partir de la segunda mitad del siglo xx sobre el estudio de la cultura tendrían como fuente de inspiración los trabajos de los maestros fundadores de las modernas ciencias sociales, y particularmente Weber, Freud, Comte, Marx y Durkheim. Estos autores, desde varias perspectivas, ayudaron a considerar la cultura como algo más amplio que la producción de obras de arte significativas. Además, tomando el concepto de cultura en un sentido más vasto, lo aplicaron a un conjunto de prácticas de naturaleza simbólica extendidas a toda la población y no solo a los artistas e intelectuales.

Esta corriente, fructífera desde muy pronto, se desarrolló dentro de los distintos programas científicistas que la historia llevó a cabo después de la Segunda Guerra Mundial, y en la crisis cultural de los años sesenta y setenta colocarían la cultura, desde varias posiciones y escuelas, en el centro del estudio de la historia y las ciencias sociales en general. Así pues, a partir de los años setenta la historia devendría cultural, y este hecho abastaría todos los enfoques y subdisciplinas: la política, la sociedad, la guerra, el género, etc.

Este apartado intenta explicar cómo se ha producido este proceso, y cuáles han sido sus hitos principales, así como los procesos históricos en los que hay que inscribirlos. Las distintas fracturas del siglo xx en el mundo occidental han dado lugar a cambios culturales de gran alcance, como no podía ser de otra manera, también han afectado a la historia. Siguiendo la historia cultural, seguiremos también la historia de la cultura misma y de la sociedad que la impulsa.

1.1. El nacimiento de la historia como disciplina moderna y la historia cultural: positivismo, historicismo y ciencia social

En la historia, como en toda la cultura occidental, se produce un proceso de transformación que empieza en el Renacimiento y culmina en la Ilustración, en el transcurso del cual, la ciencia se separa gradualmente de la religión e incrementa su autonomía. El paso de la Ilustración al Romanticismo tendrá para la historia una significación especial. Si el programa ilustrado tomaba co-

mo consigna el *sapere aude* kantiano, y se proponía descubrir los mecanismos universales de funcionamiento del mundo natural y social por medio de la observación y el análisis, en este punto, la historia no era una excepción.

El **romanticismo**, sin embargo, con su exaltación del yo y la voluntad, y en su consideración del hombre como creador de valores, hacía hincapié en lo que es particular y específico. La cultura, entendida como tradición, como lo que hace a unos grupos humanos diferentes de los otros y otorga especificidad, se situaba en el centro del programa romántico. Y la historia era el instrumento privilegiado para llegar a comprender y dotar de atributos a esta particularidad y su genealogía.

El romanticismo, pues, colocaba la historia en el centro de la explicación sobre los orígenes y el funcionamiento de la vida social, y señalaba la cultura y las tradiciones nacionales como el elemento forjador de los pueblos y las naciones.

En este sentido, fue Herder quien formuló los elementos centrales de las bases teórico-filosóficas del romanticismo. Sin apartarse nunca de los principios morales de la Ilustración, Herder formuló en *Ideas sobre la filosofía de la historia* (1774) que se alejaba de la concepción racionalista de la historia. La historiografía romántica, y toda la literatura de carácter histórico que la acompañó, quería proveer a los individuos de la nueva sociedad burguesa, forjada en el individualismo, de unos nuevos vínculos de solidaridad, que nada tenían que ver con los de la sociedad estamental, y que se asentaban sobre el nuevo mundo de propietarios y lectores en lenguas vernáculas de publicaciones de gran tirada, periódicos y novelas particularmente. Estos eran los vínculos de la nacionalidad, el primer fundamento de la ciudadanía que ponía las bases de la sociedad liberal.

Y la **nacionalidad**, en su búsqueda de especificidad, necesitaba una lengua y una cultura comunes, al mismo tiempo particulares, y una historia, también común, que la explicara y justificara. Para lograrlo, la narrativa histórica buscaba sobre todo conmover al lector y producir en él un efecto de identificación. El romanticismo empezaba, en esta tarea de construcción de un pueblo, por la búsqueda de unos orígenes fundadores.

Fue la época del descubrimiento de los grandes bardos europeos, el *Ossian* en el caso escocés, o la *Chanson de Roland* en el caso francés. Después, se procedía a la construcción de un relato nacional de raíces inmemoriales, que en Europa inevitablemente se tenía que anclar en la edad media –cuando con la disolución del Imperio de Occidente emergieron los reinos y las hablas particulares. La operación se completaba con la construcción de una liturgia civil que sacralizaba los hechos del pasado, desarrollaba un sistema de símbolos y construía espacios de culto para la cultura nacional: bandera, padres fundadores, recuperación del folclore local, construcción de monumentos, fiestas nacionales conmemorativas de un hecho histórico, museos y bibliotecas.

La historia fue, para el movimiento romántico, el fundamento que forjó el sentimiento nacional entre los ciudadanos de los viejos estados transformados por la revolución liberal, o el impulso para movilizar las aspiraciones de las nuevas naciones, que fruto de los procesos de unificación primero (Italia y Alemania), o de disgregación más adelante (Hungría, Irlanda, Finlandia, y todas las que vendrían después de la Primera Guerra Mundial), devendrían estados nación.

Sin embargo, de manera paralela a la historiografía romántica, más pendiente de conmover los sentimientos del lector que del rigor de los datos, la nueva sociedad burguesa empezó a atender su necesidad de racionalización y orden en el campo de la ciencia con la aparición en Francia de una nueva corriente: el **positivismo**.

El positivismo pretendía refundar una ciencia que, abrazando todas las ramas del conocimiento, se fundamentara en el análisis de los hechos reales verificados por la experiencia. En este sentido satisfacía demandas de carácter funcional de la sociedad burguesa que el romanticismo, por su propia naturaleza, por su exaltación del subjetivismo, no podía satisfacer. En el campo de la historia, sería el ya citado Leopold van Ranke quien formularía el programa positivista en historia, en los años treinta del siglo XIX y en oposición al historicismo filosófico de Hegel. El programa de Ranke se basaba en el respeto escrupuloso a los documentos, única manera de acceder al pasado «tal como aconteció». En su visión priorizaba la historia política y oficial, que estaba bien documentada sobre otros aspectos del pasado, y tenía una concepción del proceso histórico como una sucesión lineal, en la cual cada periodo se vinculaba con el anterior de manera secuencial. El historiador tenía que trabajar sobre casos particulares en el escrutinio detallado de los documentos, con la finalidad de inscribirlos en una visión universal a partir del estudio de las «naciones destacadas».

En definitiva, las ideas de Ranke actuaron como elemento fundador de la moderna disciplina histórica, particularmente en su versión académica, y dominaron el mundo universitario hasta bien entrado el siglo XX, cuando a partir de los años sesenta algunos de sus fundamentos fueron puestos en cuestión. Es más, tal y como ha señalado Novick (1988), hasta hoy han actuado con una especie de sentido común disciplinario que se podría formular como

«El compromiso con la realidad del pasado y con la verdad que corresponde a esta realidad; una separación tajante entre el conocedor y aquello que es conocido, entre hecho e interpretación, y sobre todo, entre historia y ficción».

La influencia de Ranke

En Alemania se crearon veintiocho cátedras de historia antes de 1850, y su influencia pronto se notó en Francia – donde August Comte había formulado el positivismo filosófico –, pero donde la historiografía romántica había dado su máxima figura con Jules Michelet. En Inglaterra, con una larga tradición empírica que se remontaba a Bacon, las ideas de Ranke introducidas por Lord Acton por medio de la *English Historical Review* encontraron una rápida aceptación.

Paralelamente a la extensión de la historiografía positivista, especialmente en la historia política –convertida en historia general–, se abre el terreno para la aparición de la **historia cultural**, que quiere ir más allá del estudio de las obras de arte y sus creadores, y que tuvo a la figura del suizo **Jacob Burckhardt** (1818-1897) como el paradigma de la innovación.

Burckhardt, sin abandonar una idea restringida a las grandes manifestaciones de la alta cultura, intenta pintar por medio de ella el retrato de una época. La novedad de este planteamiento respecto de los clásicos historiadores del arte, la literatura o la arquitectura es el interés, más que por las obras y su técnica, por las conexiones entre las diferentes manifestaciones culturales que, junto con la política y la religión, explican una época. Una visión que adquiere particular relevancia si consideramos que las principales obras de este autor se publicaron antes de la unificación alemana, cuando esta no era más que una unidad cultural. Para Burckhardt la cultura era el conjunto de manifestaciones espirituales que se producían de manera espontánea y que no reivindicaban una validez de tipo universal. Este planteamiento significaba una renovación en la concepción de la historia de la cultura, que iba más allá de la estricta descripción de las obras artísticas, y por este motivo, ha sido considerado, sin duda, el fundador de la moderna historia cultural.

Otro resultado de las revoluciones liberales y del nacimiento del mundo burgués fue la aparición de nuevas ciencias de la sociedad que no miraban estrictamente hacia el pasado.

Las ciencias sociales, y particularmente la sociología, nacieron simultáneamente en varios países del mundo occidental con la aspiración de describir y medir la realidad social, y en algunos casos con el fin de subvertirla.

De esta corriente, nos interesan algunas obras por cuya orientación alcanzarían una influencia decisiva en el abordaje y la concepción de la cultura a lo largo de todo el siglo XX. Este es el caso de *La ética protestante y los orígenes del capitalismo* (1904) de Max Weber (1864-1920) en Alemania, o de *Las formas elementales de la vida religiosa*, del francés Émile Durkheim (1858-1917).

En *La ética protestante*, Weber sostenía que la condición que había permitido la acumulación originaria capitalista se encontraba en la ética calvinista, una forma de rigorismo cristiano que exaltaba el trabajo y el ahorro como formas de salvación. El hecho relevante del libro está en cómo se da una explicación de naturaleza cultural a un fenómeno económico que posibilitó el capitalismo. El planteamiento no solo invertía la tradicional concepción materialista según la cual la vida humana está regulada por factores de carácter material, de los cuales la cultura, la política o la religión solo son una consecuencia o un síntoma, sino que sobre todo era un planteamiento que, surgido en el corazón

Obras de Burckhardt

Su principal obra es *La cultura del Renacimiento en Italia* (1860), pero también escribió sobre la época grecolatina, en sus *Reflexiones sobre la historia de la humanidad* (aparecida póstumamente en 1889).

de la ciencia social y lejos de planteamientos idealistas o culturalistas, daba a la cultura el rango de fenómeno social en interacción con los otros en un nivel de igualdad y no solo de representación. Como contrapunto a Weber, hay que tener presente la obra de R. H. Tawney, uno de los pioneros de la historia social y económica británica, que en 1926 publicaría *Religion and the rise of capitalism*, donde cuestionaba la tesis weberiana de la relación entre ética calvinista y el espíritu del capitalismo.

Durkheim, paralelamente, en *Las formas básicas*, tomaba una orientación similar al afirmar que el sistema de creencias y rituales de una sociedad son representaciones elaboradas para expresar el sentido mismo de esta sociedad, y que es por medio de este sistema como una sociedad se reproduce. Se hacía, por lo tanto, necesario su estudio y comprensión para entender los mecanismos de reproducción que hacían viable la vida en sociedad.

1.2. El periodo de entreguerras: los dos caminos de la historia cultural

Después de la Primera Guerra Mundial, a pesar de que la mayor parte de los historiadores se mantuvieron fieles a los métodos empíricos rankianos, el periodo destacó por un renovado interés por la filosofía de la historia después de lo que se interpretaba como una quiebra del modelo occidental de civilización.

La guerra había liquidado el confortable mundo ordenado de las certezas liberales y burguesas. Por un lado, y con el ejemplo de la Revolución Rusa, las demandas de democratización por parte de los sectores políticamente marginados (obreros, mujeres, etc.) no pararon de crecer. Por otro, y particularmente después de la crisis económica del 29, las atemorizadas clases medias buscaron en toda Europa refugio en las formaciones que defendían valores antimodernos (jerarquía, orden, disciplina, etc.) y se opusieron violentamente a la igualdad política y social y a la libertad en las costumbres.

En este contexto, vivido como una crisis de la promesa liberal anticipada parcialmente por los filósofos de la sospecha (Marx, Freud y Nietzsche) en las últimas décadas del XIX, las discusiones sobre la filosofía de la historia reaparecieron en el intento de fundamentar nuevos proyectos de futuro. Aquí destacaron el historicismo de Benedetto Croce y José Ortega y Gasset; el marxismo renovador de George Luckacs, Walter Benjamin o Antonio Gramsci (justo cuando el marxismo se había convertido en un economicismo, ellos ponían el foco en la cultura, a pesar de que no conseguirían una auténtica influencia hasta los años sesenta); o el humanismo de Wilhelm Dilthey, que veía las humanidades, y particularmente la historia, como una ciencia subjetiva del espíritu.

Sin embargo, la historia cultural, en los dos caminos que en las últimas décadas del XIX se habían abierto, dio pasos importantes que tendrían amplias consecuencias en las décadas siguientes. En la estela de Burckhardt, el historiador neerlandés Johan Huizinga (1879-1945) publicó *El otoño de la Edad Media* (1919), donde trazaba un panorama de la cultura bajomedieval en Flandes a partir del estudio de ideales como la caballería; de pensamiento y sentimientos, como el miedo a la muerte, pero también de las obras individuales de los

grandes artistas como Van Eyre. Huizinga se ocupaba con una prosa brillante de todo el estilo de una cultura, pero también del estilo de los cuadros o poemas individuales que habían destacado en este contexto temporal.

En el segundo camino, el que habían abierto los científicos sociales, fue precisamente el discípulo de Weber, Norbert Elias, quien mostró las posibilidades del estudio de las costumbres y los hábitos como un camino a la explicación macrohistórica, muy influido por el ensayo de Freud *El malestar de la cultura* (1929).

Obra de Norbert Elias

Elias publicó en 1939 –a pesar de que por los condicionantes políticos la obra no se difundió hasta bastantes años más tarde– *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. En esta obra se centraba no en la alta cultura y sus expresiones, sino en las maneras en la mesa, con el fin de mostrar cómo en las cortes de Europa occidental, entre los siglos XV y XVI, se desarrolló un proceso a favor del autocontrol que él conectaba con la centralización gubernamental y la transformación de la nobleza guerrera en cortesana. Elias escribía sobre cómo se debe usar el tenedor o la servilleta, y no sobre las grandes profundidades culturales, pero sus observaciones sobre el autocontrol relacionadas con el cambio social abrían el camino a la más fértil tradición de la historia cultural.

Elias no fue una figura aislada en el mundo cultural centroeuropeo; en estos años destacaron asimismo Ady Warburg, el filósofo Ernest Casirer, y sobre todo Erwin Panofsky, que publicaría después de la guerra *El significado de las Artes Visuales* (1957). La llegada del nazismo produjo, sin embargo, una significativa diáspora de la intelectualidad alemana y centroeuropea, en gran parte de origen judío. Elias marcharía a Inglaterra, al igual que el húngaro discípulo de Lukács, Arnold Hauser, cuya *Historia social del arte y la literatura* (1959), de inspiración marxista, favorecería su fama.

Sin embargo, la mayoría de los exilios tendrían como destino Estados Unidos, donde la intelectualidad de origen alemán daría algunos de los más brillantes críticos e historiadores culturales, desde Adorno, hasta Carl Schorke o Geoge Mosse. La diáspora alemana conectaría con la propia tradición de historia cultural americana, que tenía en la obra de Charles y Mary Beard, *Historia de la civilización de Estados Unidos de Norteamérica* (1927), el exponente principal de la denominada *Nueva Historia* que los historiadores radicales practicaban, y que ofrecía una explicación económica y social del cambio cultural americano.

Mientras tanto, justamente en Francia se había desarrollado a lo largo de los años de entreguerras la más innovadora iniciativa historiográfica del periodo y también la que más influencia ejercería después de la guerra. Bajo la guía fundacional de dos estrasburgueses, Lucien Febvre y Marc Bloch, en 1929 nacía la revista *Annales*, que pondría las bases de la renovación historiográfica francesa.

Proyecto de Bloch y Febvre

En síntesis, el programa del grupo ya se había visto con claridad en la tesis de Febvre sobre *Felipe II y el Franco Condado* (1912); se trataba de una historia preocupada por el empirismo –en esto no difería del positivismo decimonónico–, pero en la que los factores históricos objetivos tenían un papel central. De repente, los tres grandes protagonistas de la historia

tradicional (los grandes personajes, la política y la cronología) perdían el protagonismo a favor de factores como la geografía, la demografía, la economía y las estructuras mentales colectivas. El proyecto de Bloch y Febvre era reconstruir la historia como ciencia guía para todas las ciencias sociales, pero sin separarse de estas, e incorporando los nuevos enfoques disciplinarios: la **geografía regional** de Vidal de la Blache, y la sociología de Durkheim y Weber eran su inspiración decisiva.

Si Febvre había introducido en su tesis el estudio regional y, por lo tanto, un fuerte vínculo entre historia, geografía y economía, Bloch –más influido por la sociología de Durkheim– en su primer trabajo *Los reyes taumaturgos* (1924) incorporaba elementos esenciales de economía, sociología y psicología colectiva, no ya para explicar las milagrosas curaciones de estos reyes por medio de la imposición de manos, sino para explicar la realidad mental y social que alimentaban una creencia como esta. No era el fenómeno aquello que interesaba a Bloch, sino lo que revelaba sobre aquella sociedad, su cultura y sus relaciones de poder político y económico. Lo que él denominaría «la mentalidad» (Burke, 1990). Los trabajos pioneros de estos historiadores se convertirían en el camino central de la historia después de la guerra, pero también en la fundación de una nueva historia cultural de gran influencia posterior, que tendría en la obra de Febvre *El problema de la incredulidad en el siglo XVI: la religión de Rabelais* (1947), un título de claras reminiscencias durkhianas, su punto de arranque.

1.3. La revolución historiográfica de la posguerra

1.3.1. Los *Annales* y el estructuralismo en Francia

Después de la **Segunda Guerra Mundial** y con el estallido de la **Guerra Fría**, la historia quedó durante unos años congelada. El peso de un pasado, reciente, terrible e inexplicable para la moderna y civilizada sociedad occidental, y la presencia amenazadora de la destrucción nuclear, favorecieron una sensación general de suspensión del tiempo histórico. Si en las **décadas de los cuarenta y cincuenta** la culpa y el resentimiento eran tan fuertes que necesitaban una contención inhibitoria para alejarse profilácticamente de la tragedia, y la nueva amenaza nuclear resultaba aterradora y paralizante, a medida que el paso de los años fue banalizando ambos procesos y las nuevas generaciones que no habían protagonizado la guerra se incorporaron a la vida social activa, el sentimiento de culpa y horror empezó a encontrar vías de expresión en la publicación de algunos de los testimonios más hirientes, y la amenaza nuclear empezó a devenir un elemento benigno que se podía interpretar como la garantía de la paz que el terror imponía.

En el marco de la Guerra Fría, y en un mundo dividido en dos grandes bloques provistos cada uno de sus proyectos de futuro, las preguntas sobre el pasado se volvieron irrelevantes ante las certezas sobre el futuro. La propaganda se imponía a la historia en el marco de un nuevo orden mundial que ha sido analizado magistralmente en todos sus claroscuros por Josep Fontana en *Porel bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945* (2011).

En conjunto, la renovación historiográfica no llegaría de los grandes debates filosóficos del historicismo, sino de los sectores que de una u otra manera se propusieron dotar a la historia de un renovado instrumental científico que atendiera a los avances de las otras ciencias del hombre. El esfuerzo principal se centraría en construir una ciencia nueva, con un aparato metodológico nuevo. En este sentido, algunas de las iniciativas más renovadoras del periodo de entreguerras no fueron en balde. Particularmente en Francia, la innovadora iniciativa en torno a la revista *Annales* encontró un grupo de discípulos excepcionales, justo en los años de la posguerra, cuando forjó uno de los procesos de renovación más exitosos. No fue la única iniciativa renovadora; paralelamente, se desarrolló una nueva historia económica de base cuantitativa de gran ambición, particularmente en Estados Unidos; en Alemania, la sociología histórica, siguiendo la figura de Norbert Elias, abrió también nuevos desarrollos; y el marxismo británico, pese al reducido número de sus efectivos, iniciaba un proceso de renovación de los estudios históricos y del marxismo que tendría una amplia influencia en todas las ciencias sociales y crearía las bases de los estudios culturales.

Acabada la guerra, el clima para una buena recepción de estas propuestas había mejorado. El historicismo alemán salía desacreditado, y los enfoques estrictamente políticos, en el contexto de la Guerra Fría, tampoco podían satisfacer la búsqueda de explicaciones útiles ni a la tragedia del pasado reciente, ni a las incertidumbres de un futuro amenazante. Y en este contexto, un grupo relativamente marginal –a pesar de que Bloch había muerto en 1944 a manos de los nazis– tomaría posiciones centrales en el mundo académico francés durante varias generaciones.

Por un lado, la revista se refundó en 1946 y adoptó el título *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, que indicaba muy claramente dónde se querían poner los acentos. Paralelamente se creaba la sexta sección en la prestigiosa École Practice des Hautes Études, al margen de la sección cuarta, la de historia. Y se hizo con una clara vocación de ser un punto de encuentro entre todas las ciencias humanas, no solo de las ciencias sociales, que tan importantes habían sido en el programa de los *Annales*, como la sociología, la geografía o la antropología, sino también de la literatura, el arte, el psicoanálisis o la lingüística, que gracias a Saussure había sido el terreno de formulación del moderno estructuralismo. La sexta sección, en la que los historiadores tuvieron un papel directivo excepcional, se convirtió en 1972 en la prestigiosa École des Hautes Études en Sciences Sociales. El pequeño grupo provincial de estrasburgueses

Marxismo frente a historiografía

El marxismo escolástico se cosificaba en la URSS como un saber legitimador del poder, mientras la historiografía occidental abandonaba las amplias preocupaciones por una nueva filosofía de la historia que habían dominado el periodo de entreguerras en la búsqueda de saber positivo. Por fortuna, el empirismo sin dirección no fue la única respuesta a este estado de cosas, y varias escuelas historiográficas produjeron procesos de renovación de gran alcance.

de los años veinte se había convertido en el centro de gravedad no solo de la historia en Francia, sino de las ciencias sociales en general, y había ganado al mismo tiempo un reconocido prestigio internacional.

A pesar de que Febvre vivió y trabajó hasta 1956, la figura predominante de esta segunda generación de los *Annales*, su periodo de institucionalización, fue **Fernand Braudel**. Formaron parte del mismo grupo figuras como Ernest Labrousse –que introdujo los estudios seriales–, Charles Morazé, o Pierre Vilar; y fueron discípulos directos George Duby, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie y Michel Vovelle, entre otros.

La obra de Braudel sobre el Mediterráneo en la época de Felipe II (1949) marcó de manera clara un modelo, que sería seguido con distintas variantes por varios historiadores del grupo. Se trata de una obra innovadora, a pesar de que se puede ver la inspiración del Febvre de 1912, en el que encontramos varias rupturas con la historia tradicional. Por un lado, la desaparición de un protagonista de la historia –ya sea una personalidad, una institución o el estado mismo. La historia aspira a ser total y a explicar la sociedad en su conjunto como una totalidad. Una segunda ruptura es con el tiempo lineal que dominaba la narración histórica. En este punto, Braudel distingue tres niveles temporales:

- Un primer nivel geográfico de **larga duración**, el Mediterráneo;
- un segundo nivel estructural, la **coyuntura**, que atribuye a la sociedad las mentalidades y la economía;
- y un tercero, el rápido de la política, los **acontecimientos**.

Junto con el tiempo lineal, se disuelve la idea de progreso histórico, en el que un sujeto principal –la clase, la nación– tiene una misión teleológica. La formulación temporal de Braudel en *El Mediterráneo* sería considerada por varios historiadores de la historiografía como una especie de motor de tres tiempos que permitía captar las diversas dimensiones de la temporalidad en la experiencia humana en su relación con el medio.

La historia de los *Annales* tendió a ser **supranacional** (el Mediterráneo) o **regional** (la Cataluña de Vilar, la Provenza de Le Roy Ladurie, el Franco Condado de Febvre). Unas dimensiones que permitían estos discursos temporales a diferentes niveles y, sobre todo, eludían el protagonismo directivo de la política. Finalmente, las estructuras, tanto de larga duración como de coyuntura, tienen una vertiente mental, sin cuya realidad estas no existirían.

Nota

La influencia del grupo no se redujo a Francia, puesto que historiadores como el polaco Witold Kula, el checo Bronislaw Geremek, el ruso Aaron J. Gourevitch, o el catalán Jaume Vicens Vives, creador de la escuela de Barcelona, recibieron una influencia directa y a su vez la trasladaron a sus discípulos, cada cual en su país.

En el trabajo de los hombres de los *Annales* de estos años, los fundamentos materiales de la historia se ven continuamente subrayados, hasta el punto de que a partir de 1956 devienen una variante del estructuralismo dominante en tantos otros campos de las ciencias humanas en la Francia de la época (Dosse, 1991-1992).

El **estructuralismo** había nacido en el terreno de la lingüística de la mano de Ferdinand de Saussure en torno a la Primera Guerra Mundial, pero pasó a las ciencias sociales gracias a la antropología de Lévi-Strauss. Para resumir, el estructuralismo intentaba identificar las condiciones objetivas que generan los fenómenos observados. En este sentido, los individuos o las clases eran vistos como productos de procesos estructurales o sistemáticos, no como sujetos o agentes de la historia. En los años sesenta, la principal figura del estructuralismo, el filósofo Louis Althusser, sostenía que la cultura y la ideología producían formas de conciencia humana y de acción, pero que este hecho no se producía en sentido contrario: el sujeto individual era, en consecuencia, una creación de la ideología.

Más que ninguna otra filosofía desde la Ilustración, el estructuralismo quiso ir más allá del humanismo y del sujeto como base de conocimiento, sobre tres bases:

- el **lenguaje** como modelo de organización de los fenómenos que se tenían que estudiar;
- las **estructuras** que, se afirmaba, funcionaban de manera inconsciente; y
- los **fenómenos** que, al combinar el plano **sincrónico** con el **diacrónico**, eran comprendidos de manera relacional o procesual.

En muchos sentidos, las ideas de profundidad histórica y de agencia individual fueron rechazadas o minimizadas por el estructuralismo, que en sus versiones finales llegó a ser un antihumanismo.

Aun así, el enfoque historiográfico material, casi materialista, de los *Annales* constituye solo una cara de su renovación, ya que se mantuvo siempre atento a la investigación sobre las mentalidades. Un aspecto que iría tomando un creciente protagonismo sobre todo a partir de los años setenta y de la llamada tercera generación de la escuela, justo cuando el primer estructuralismo empezó a recibir una dura crítica de los denominados postestructuralistas.

Concepto de mentalidad

Mentalidad es un concepto impreciso. No significa en ningún caso la tradicional historia de las ideas o de la alta cultura de las élites, o la clásica historia intelectual. Estas parten del supuesto de que las personas tienen ideas claras y de que estas son transmitidas por medio de los productos culturales más o menos institucionalizados. La mentalidad intenta abrazar ideas, concepciones del mundo o creencias mucho más difusas, que tienen un carácter colectivo o social, y que en cualquier caso no son la creación de un individuo, sino más bien el clima de una época. Se trata de un intento de penetrar en las estructuras

Influencia del estructuralismo

A pesar de ser aparentemente una corriente ahistórica, se hizo notar de manera creciente y, particularmente, en la obra de Braudel –*Civilización material, economía y capitalismo: siglos XV a XVIII* (1967) es quizá el ejemplo más exitoso–, pero también en otras obras de la misma orientación como *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval* de George Duby, o *Teoría económica del sistema feudal* de Kula, las dos de 1962.

ocultas del subconsciente colectivo, generalmente por medio de estudios monográficos. Una perspectiva que encuentra antecedentes tan remotos y apreciables en la historiografía francesa como el trabajo del historiador marxista de la Revolución Francesa Henri Lefebvre sobre el «gran miedo», creado por los rumores extendidos por toda la geografía francesa y que siguió a los acontecimientos de 1789 en París.

En los años setenta y en un clima general de retroceso de la historia estructural, la historia de las mentalidades se fue imponiendo entre los historiadores más representativos de los *Annales*, particularmente en los trabajos de Le Roy Ladourie, George Duby, Jacques Le Goff o Philippe Ariès.

En este sentido, merece la pena reseñar que el enfoque antropológico que desde el comienzo influyó tan poderosamente en los historiadores de los *Annales* ayudó, a partir de los años ochenta, de una manera determinante a abandonar los enfoques eurocéntricos que tanto peso habían tenido incluso en las perspectivas críticas de Marx y Weber. El cambio facilitó una nueva visión del hombre, del progreso y de la historia misma. En definitiva, un giro radical hacia aquello que es cultural.

1.3.2. El marxismo británico

La guerra no trastornó sustancialmente los centros de producción histórico-académica en Gran Bretaña. Sobre la base del empirismo, el mundo académico británico continuó unas tradiciones sólidamente consolidadas. En este contexto conservador y a partir de trabajos pioneros en historia social de antes de la guerra, como los de los Webb, Cole y Tawney, la formación del grupo de historiadores del Partido Comunista Británico en 1946 sirvió de punto de encuentro de una hornada de historiadores marxistas que producirían un fenomenal impacto tanto en la historiografía europea como en el pensamiento marxista y la formación política de la Nueva Izquierda a partir de los años sesenta.

La historia moderna no es imaginable sin considerar a **Marx**. Este, al igual que los positivistas, partía de la idea de que hay una lógica de la investigación que es común a todas las ciencias: la cientificidad, cuyo método analítico permite explicar el mundo visible. Además, como Weber, consideraba que la sociedad y la historia poseen una coherencia interna, formulada en el concepto de formación social y su desarrollo hacia delante (es decir, inscrita en el desarrollo histórico). Finalmente, rechazaba una concepción de la ciencia histórica aséptica o neutral, puesto que la concebía como un instrumento de la transformación social.

No obstante, esta triple definición resultó ciertamente problemática en el **desarrollo del marxismo**. Si por un lado aspiraba a una ciencia social rigurosa en el sentido de las ciencias naturales, por el otro rechazaba, desde su perspectiva comprometida y crítica, el afán de objetividad característico del positivismo. A lo largo de casi un siglo, y a partir de la publicación de la *Anti-Düring* de Engels, fue una debilidad del marxismo la fuerte decantación hacia una concepción determinista de la historia, cuyas primera y segunda premisas in-

Nota

Esta retirada de aquello que podemos denominar «material» en un sentido más clásico fue –como veremos más adelante– general en la historiografía occidental.

Nota

Esta concepción encontró en el academicismo soviético su máxima exacerbación.

tentaba satisfacer, presentando el conjunto de la historia humana como un proceso predeterminado por leyes y etapas condicionadas de manera mecánica por el desarrollo económico.

Tal vez por eso, y de manera aparentemente paradójica, la principal característica del marxismo occidental –y especialmente británico– en el periodo de la posguerra fue la capacidad para cuestionar este planteamiento mecanicista a favor de una consideración auténticamente crítica de la experiencia histórica. La famosa **supeditación de la superestructura** (política, cultura, instituciones, etc.) a la **base naturalmente económica** se hizo crecientemente problemática para muchos historiadores marxistas occidentales. Inscritos en la realidad de un capitalismo de éxito y en pleno despliegue, su visión crítica se agudizaba en proporción a la quiebra de las previsiones del desarrollo mecánico de una transformación social que no se divisaba en el mundo capitalista.

Como ha señalado Georg Iggers:

«Lo que hacía interesante el marxismo en Occidente era su crítica ante las relaciones que imperan en una moderna sociedad industrial capitalista, y su compromiso con los socialmente perjudicados. Por otra parte, estas mismas relaciones cuestionaban, en una época postindustrial, las concepciones básicas en las que se fundamentaba el marxismo. Estas se hallaban profundamente ancladas en el siglo XIX».

Iggers (1998, pág. 75).

Este grupo marxista británico, cuyo modo creativo de abordar esta contradicción le convirtió, aún siendo marginal, en el más potente actor de la renovación marxista de los sesenta setenta, era un grupo realmente heterogéneo. Lo formaron, entre otros, Christopher Hill, George Rude, Víctor Kiernan, Eric Hobsbawm, Dorothy Thompson, Edward P. Thompson, Rodney Hilton, y el más joven Raphael Samuel, que sería el impulsor del movimiento de los History Workshop en los años setenta. Pocos ocuparon posiciones académicas sólidas, como Hill, mientras que otros ocuparon posiciones tan periféricas como la enseñanza en el sistema de extensión universitaria para adultos (Rude y Thompson).

Past & Present

En 1952, algunos miembros del grupo impulsaron en Oxford una nueva revista, *Past & Present*, subtitulada *Journal of Scientific History*, que quería ser un lugar de encuentro y diálogo entre historiadores marxistas y no marxistas. Entre los impulsores estaban Hobsbawm, Hill, Dobb, el también marxista Vere Gordon Childe, y entre los no marxistas, el primer director, el historiador de la antigüedad John Morris, Geoffrey Barraclough y, más adelante, Lawrence Stone y John Elliott. En conjunto, el papel de la revista resultó decisivo en la renovación de los métodos y la orientación de los estudios históricos, primero en Gran Bretaña, y posteriormente en la comunidad científica internacional.

El diálogo entre marxistas y no marxistas se hizo más sólido a partir de 1957, cuando la mayoría del grupo marxista, salvo Hobsbawm, abandonó el Partido Comunista Británico a raíz de la invasión soviética de Hungría.

Las primeras discusiones del grupo giraron sobre los problemas planteados en el trabajo del economista marxista Maurice Dobb, formulados en torno a la transición del feudalismo al capitalismo para conocer en profundidad la naturaleza, con un planteamiento eminentemente estructural, en consonancia con otros científicos sociales marxistas.

Aun así, desde el periodo de entreguerras algunos autores marxistas como Gramsci, Luckacs o Walter Benjamin ya habían iniciado una revisión de la perspectiva economicista dominante. Tomando en consideración el peso de la cultura en las relaciones sociales y la publicación en 1932 de los *Manuscritos Filosóficos* de Marx de 1844, en los que colocaba el concepto de alienación en el centro de su crítica al capitalismo, abundaron en esta dirección, también muy presente en el desarrollo de la escuela de Fráncfort. Crecientemente, la perspectiva culturalista iba tomando cuerpo como una alternativa al sesgo determinista y economicista dominante.

El iniciador y primer artífice de este cambio no fue, sin embargo, uno de los miembros del grupo comunista británico, sino Raymond Williams, un historiador de la literatura que mantuvo siempre unas relaciones ambiguas con el marxismo. Williams, al igual que Thompson y Rude, trabajaba en la enseñanza universitaria de adultos, fuera del sistema académico establecido. En sus primeras obras, *Cultura y Sociedad 1750-1950* (1958) y *La larga revolución* (1961), Williams planteaba una crítica cultural del capitalismo, desarrollando un relato del impacto de la revolución industrial en la sociedad británica a partir de una historia de la idea de cultura. Esta idea combinaba la lectura rigurosa de los escritores ingleses canónicos con una historia social de la educación, el público lector y las instituciones culturales. Además, utilizaba una idea de cultura amplificada y más extensa que la convencional y le incorporaba las formas de vida y «las estructuras de sentimiento» que van asociadas a aquella.

En *Cultura y Sociedad*, contrapuso la interpretación dominante de la literatura inglesa, como la obra de una minoría austera y altruista que preservaba los bienes culturales elevados, frente a los efectos corruptores del consumo y las masas, con una visión democrática de las actividades comunes de la sociedad; una concepción que denominó «materialismo cultural». En *Marxismo y literatura* (1971) desarrollaba un argumento sobre la materialidad misma de la cultura que rompía con las visiones deterministas y funcionalistas:

«Más que ver la cultura como separada de la vida material, limitada al mismo tiempo por determinaciones sociales pero moviéndose sobre ellas, señaló las verdaderas formas prácticas y concretas en las que la cultura se habría alojado siempre dentro de relaciones sociales y de formas de práctica material».

Eley (2005).

La cultura no era únicamente un producto de la base económica, sino que era considerada como un elemento constitutivo de todas las otras prácticas sociales y políticas, pero también económicas.

Nota

Paralelamente, George Rude, junto con Eric Hobsbawm, iniciarían sus trabajos sobre las formas de protesta en el Antiguo Régimen, y comenzaron una perspectiva de historia desde abajo.

The Jazz Scene

En 1959, Eric Hobsbawm publicaba con el seudónimo de Francis Newton *The Jazz Scene*, una historia social del jazz. Era un libro prácticamente amateur, fuera de la actividad académica del autor. El hecho de utilizar un seudónimo ya mostraba un cierto distanciamiento, pero la obra prefiguraba el tipo de perspectiva sobre la cultura que la historia social tomaría en los años siguientes, muy especialmente en Gran Bretaña.

La obra de Williams, pese a ser pionera, no resultó un fenómeno individual. Algunos de los historiadores marxistas británicos, especialmente a partir de 1957, fueron adoptando posiciones similares en sus trabajos. Hemos hablado del trabajo temprano de Hobsbawm sobre el jazz, pero la obra decisiva, que construiría un paradigma nuevo, fue *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963) de Edward P. Thompson. Un colosal libro de ochocientas páginas, cuya visión, centrada en la cultura en un sentido amplio, explicaba la experiencia de la resistencia política de la clase obrera en el momento de su formación a lo largo del medio siglo anterior a las reformas de 1832. Desde la perspectiva de la historia británica, se trataba de una ruptura completa con la tradición liberal, que quería ver la historia inglesa como el triunfo gradual del parlamentarismo. A esta benévola versión del éxito histórico de la ampliación de derechos políticos y sociales para sectores cada vez más amplios de la población, Thompson oponía una historia de victorias democráticas de los trabajadores a partir de la resistencia popular contra la violencia, la desigualdad y la explotación, recurriendo a una narrativa épica y vigorosamente comprometida.

Sin embargo, aquello que hacía del libro algo nuevo era la concepción misma de clase obrera que manejaba y su abierta oposición a un marxismo reduccionista y mecánico. La «clase» para Thompson era una producción histórica, fruto de un proceso de resistencia, creencias y luchas, no el puro resultado de la asignación de papeles sociales en el proceso productivo. La famosa distinción de Marx de 1859 entre la «clase *en se*» –la clase como «existencia social» determinada por la posición de los individuos en el sistema de producción– y «clase *per se*» –es decir, la conciencia de pertenecer a un grupo con intereses comunes– quedaba ahora eliminada. La clase para Thompson no era otra cosa que la conciencia común, es decir, la cultura de grupo, nacida entre los trabajadores como fruto de sus luchas contra la explotación capitalista y la represión del Estado. Y como corolario, la división entre una base o estructura de naturaleza económica, y una sobreestructura política y cultural resultaba también refutada. En definitiva, frente a los acentos objetivistas y sociologistas, dotaba a la clase de un fuerte acento de agencia colectiva. Tal y como afirmaba en el prefacio de la obra de manera muy clarificadora, «la clase obrera estaba presente en su propia formación».

La historia del trabajo, después de la publicación de *La formación*, quedaba también reformulada y tomaba una amplitud nueva. No era solo el puesto de trabajo y sus prácticas laborales políticas o sindicales aquello que había que estudiar, sino también la vivienda, la familia, la nutrición, las prácticas religiosas, la criminalidad, el tiempo libre, la educación, la literatura, la infancia, el noviazgo, la sexualidad, la muerte y todos los aspectos de la vida. Un campo infinito se abría a la historia social pensada como una historia total de base cultural. Thompson, a lo largo de una década, se dedicaría a investigar sobre las transformaciones culturales de los trabajadores en el proceso de implantación del capitalismo, «la cultura plebea».

Nota

Estos trabajos, muchos de ellos artículos, aparecerían recopilados en 1991 en el volumen *Costumbres en común*, donde se encontrarían trabajos tan influyentes como «Tiempo, disciplina del trabajo y capitalismo industrial» (1967), o «La economía moral de la multitud inglesa en el siglo XVIII» (1971), aparecidos inicialmente en *Past & Present*.

Su influencia fue enorme. El legado de Thompson tiene, como ha señalado Eley (2005), seis dimensiones.

En primer lugar, replanteó el **discurso dominante sobre la historia inglesa** en los términos que hemos señalado, mediante una historia de oposición preparada para el combate, convencido como estaba de la capacidad generadora del conflicto como fuerza emancipadora. En segundo lugar, y en esto coincidió con Williams, particularmente en sus estudios sobre William Morris y William Blake, hizo una **relectura de la tradición cultural inglesa del XIX** y de los **autores visionarios románticos**, en defensa de su revuelta contra el capitalismo naciente. En tercer lugar, su atención puesta en *La formación* a las formas de vida corriente, en cuyos aspectos culturales globales se centraba: valores corrientes, prácticas rituales, dimensiones simbólicas de la vida, sugerían formas de etnografía que lo aproximaban a la antropología cultural. En cuarto lugar, la **valoración** y la **identificación** con la **gente corriente** actuaban como una forma de empatía que le permitía entrar en sus mundos mentales y reconstruir las formas de racionalidad ocultas y restañadas de los perdedores. En quinto lugar, y rechazando junto con Williams el modelo de base y superestructura, veía la **clase** como una formación tanto económica como cultural de una manera indistinguible. Y en sexto lugar, retomaba el proyecto del grupo de historiadores marxistas británicos en su discusión sobre la **transición del feudalismo al capitalismo**, y lo reformulaba construyendo la primera historia de la transición al mundo moderno y de la industrialización desde abajo, es decir, desde el punto de vista de los perdedores.

El legado de estos nuevos enfoques tomó distintas direcciones. En el terreno del marxismo representó la reaparición de un marxismo humanista y culturalista, directamente enfrentado tanto con la escolástica soviética como con el estructuralismo francés que representaba Louis Althusser. En el campo de las ciencias sociales, Williams y Thompson inspiraron un nuevo ámbito: los estudios culturales. Estos nacieron en el Centro de Estudios Contemporáneos de Birmingham en torno a una nueva generación de científicos sociales, como R. Hoggart y especialmente Stuart Hall. Se caracterizarían por la interdisciplinariedad y la apertura a las nuevas formas de conocimiento crítico, como el feminismo o las culturas subalternas, e impactarían en terrenos tradicionales como los estudios literarios o la sociología. Y dejaron planteados algunos de los problemas más debatidos en historia cultural, la distinción entre alta cultura o cultura de élite, y cultura popular, lo que les valdría la acusación de populistas.

Nota

Su reconceptualización completamente desinstitucionalizada de la política conectaría con el espíritu del 68 y con la emergencia de nuevas formas de crítica radical de la Nueva Izquierda o del feminismo.

De más alcance fue el impacto sobre la historia social, que en general ya no se podría desprender del enfoque culturalista. Y finalmente, la acción de Raphael Samuel y el movimiento de los History Workshops, que representaría una ampliación y una innovación en el campo de la historia y las prácticas sociales participativas, también se vería fuertemente influenciado por estos antecedentes.

1.3.3. Las teorías de la modernización

El estructuralismo francés y el marxismo heterodoxo británico no fueron las únicas formas de renovación historiográfica de posguerra. Particularmente en la Alemania Federal, pero también en Estados Unidos, se desarrolló la denominada teoría de la modernización, generalmente desde la práctica sociológica histórica y desde perspectivas bastante diferentes metodológicamente.

En Estados Unidos, lo hizo a partir de cuatro supuestos como teoría general para el análisis de las sociedades modernas:

- la existencia de leyes de bronce en economía (las formuladas por Adam Smith y David Ricardo);
- la **economía capitalista** se caracteriza por un crecimiento imparable que adopta formas parecidas en todas las sociedades en proceso de modernización, tal como había explicado Rostow en 1960;
- la **modernización económica** conduce necesariamente a procesos de modernización social y política, es decir, al establecimiento de una economía de mercado y de democracia liberal; y
- los **métodos cuantitativos**, medición y cuantificación, se pueden extender del estudio de los procesos económicos a los sociales y a los políticos.

Esta concepción, que fundamentaba la teoría de la modernización, no solo abogaba por una historia racional y objetiva, sino que contenía una fuerte carga ideológica fundamentada en el optimismo histórico y vinculada a una idea de progreso lineal e ineludible. En Estados Unidos, la teoría de la modernización disfrutó de un creciente prestigio y aceptación, tanto en las ciencias sociales como en una historiografía cada vez más influida por la sociología. Era una respuesta y un resultado de la Guerra Fría que se entregaba en un ámbito planetario, y una explicación del éxito de un capitalismo creciente, que llegó a su zenit en los años cincuenta y sesenta con las políticas expansivas keynesianas y el nacimiento de la sociedad de consumo. Aquello que Galbraith denominaría la «sociedad opulenta».

En la Alemania Federal, esta misma visión se basaría en una experiencia que tenía un sentido profundo muy diferente. A pesar de que la realidad material del éxito del capitalismo keynesiano y el desarrollo de la sociedad de consu-

Nota

En los últimos años de su vida, Thompson abandonó la actividad académica y se convirtió en un agitador pacifista anti-nuclear, y también medioambientalista. Así conectaba con la generación salida de mayo del 68 que él, con su obra, había ayudado a crear.

mo eran características comunes, en el caso alemán, y en la medida en que se planteaban cuestiones como la división misma del país y el sentido de responsabilidad por la Segunda Guerra Mundial y los crímenes del nazismo, la cuestión adquiriría una perspectiva moral diferente que no podía disfrutar del ingenuo optimismo americano.

Aquí se mantuvo un ominoso silencio sobre el pasado nazi hasta los años sesenta en la sociedad y en el mundo académico. En este último caso, a raíz de la polémica Fischer sobre las condiciones políticas que propiciaron el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial, la situación cambió.

La tesis de Fischer

Fischer defendía una continuidad en la política expansionista alemana entre 1900 y 1939, y responsabilizaba a esta del desencadenamiento de las dos guerras. A raíz del debate en torno a estas tesis, la cuestión del *Sonderweg* (excepción) ocupó el centro de la renovación de la ciencia social histórica alemana. La tesis planteada, y desarrollada por Hans-Ulrich Wehler, era la de un desarrollo anómalo de la modernización alemana. En este caso concreto, había un desajuste entre un desarrollo capitalista acelerado y un subdesarrollo del estado liberal.

En definitiva, estaríamos hablando de una transformación incompleta o una modernización fallida. La ausencia en la historia de Alemania de un gran paso al liberalismo en el siglo XIX como en Gran Bretaña o Francia habría permitido a las antiguas élites preindustriales seguir ejerciendo su dominio. Además, la falta de legitimidad de un desarrollo democrático del Estado lo llevó a perpetuar formas represivas y manipuladoras. El conflicto entre modernización económica y retraso político llevó a un autoritarismo estructural que desembocaría en un «desarrollo desviado» del modelo de modernización occidental, y que se expresaría en la constante inestabilidad del Imperio, el fracaso de Weimar y, finalmente, explicaría la anomalía del nazismo. Se establecía, por lo tanto, una línea de argumentación que inscribía los orígenes del nazismo en el siglo XIX, el momento en que la historia alemana se desvió del modelo occidental.

La discusión propició la aparición de la productiva escuela de Bielefeld. Esta, enfrentada al conservadurismo dominante en el mundo académico de la Alemania occidental y al marxismo mecanicista de la oriental, intentó recuperar la historia como ciencia social, una tradición alemana que se remontaba a Marx y Weber. Así, buscaba enlazar con la teoría crítica de la Escuela de Fráncfort en la voluntad normativa de unir la ciencia con valores políticos, y ofrecer una visión en la que a la industrialización y a la revolución tecnológica asociada (como factor decisivo de la modernización económica) le corresponde una evolución institucional hacia una sociedad de ciudadanos jurídicamente libres y políticamente responsables y emancipados. Aun así, después de años de investigación, la teoría de la desviación y la propia teoría de la modernización –pese a un periodo de éxito indiscutible a raíz de la caída del

muro de Berlín– acabaron siendo descartadas por los estudios empíricos que negaban las evidencias de una realidad alemana sustancialmente diferente de la del conjunto europeo.

1.4. La crisis de los grandes paradigmas de posguerra

1.4.1. El giro cultural

En los últimos años setenta y bajo el impacto del cambio cultural y político, las voces críticas con los grandes paradigmas de posguerra no pararon de crecer. Primero en los círculos más radicales, pero más adelante, como una respuesta a los interrogantes del mundo exterior y a las incertidumbres de la disciplina histórica misma.

Si el trabajo de los propios historiadores críticos había ido erosionando las concepciones estructurales de la historia para hacer hincapié en los elementos culturales, simbólicos y experienciales, el clima cultural y político de los últimos años setenta acabó de favorecer un cambio de sensibilidad. Se planteaban serios interrogantes sobre la idea de progreso lineal inscrita en el corazón del proyecto moderno (tanto en su versión liberal como marxista). Estos interrogantes se abrieron con la explosión de la individualidad y el consumo que caracterizó la culminación de la revolución keynesiana en el mundo occidental y, al mismo tiempo, la crisis de este modelo cuestionado por los jóvenes contraculturales sesentayochistas, y sobre todo, por su interrupción repentina a raíz de la crisis económica de 1973 después de veinticinco años de crecimiento.

La historia social había construido los grandes paradigmas de la posguerra a partir del afán de cientificidad. En parte fruto de su desarrollo propio, las grandes tradiciones expuestas en el apartado anterior siguieron una evolución que las transformaría radicalmente.

El renovado marxismo occidental, influido por los autores británicos y sin abandonar su compromiso político, abrazó la causa de la microhistoria o tomó un giro marcadamente antropológico (algo similar pasó también en Alemania con la recuperación de la obra de Norbert Elias). Además, la aparición de la **crítica postestructuralista** dominaría la ciencia social francesa por su fuerte impacto sobre la revuelta juvenil y los movimientos sociales emergentes de alcance mundial nacidos en los años 68-69. Todo esto daría un vuelco definitivo a los argumentos de la crítica y la renovación historiográfica.

El feminismo empezó a hacer una crítica radical del concepto mismo de clase. Lo mismo pasó cuando algunos investigadores plantearon la cuestión racial en Estados Unidos. Y, más adelante, cuando desde el mundo colonial recientemente emancipado se quiso reconsiderar el eurocentrismo de los relatos históricos en uso.

Los autores postestructuralistas fieles a la idea de estructura del lenguaje la revisaron en el sentido de reconocer la autonomía completa de este. El texto dejaba de ser un correlato con la realidad y una representación para aduirir una autonomía completa.

En 1979 Lawrence Stone publicó un artículo en *Past & Present* con el título «El retorno de la narrativa. Reflexiones acerca de una nueva y vieja historia». En síntesis, ponía en entredicho la posibilidad de encontrar una explicación científica coherente a las transformaciones del pasado, y reivindicaba el lugar determinante de la cultura y la voluntad de los individuos en el cambio social. Se trataba de una insistencia en los aspectos subjetivos de la experiencia humana que no podían ser reducidos a leyes generales y que solo podían ser aprehendidos desde el regreso a una historiografía narrativa. Un giro cultural que tendría muchas caras se empezó a imponer en la historiografía, y logró el dominio en las décadas siguientes.

En Francia, la dimensión cultural, en el amplio sentido de «mentalidad» ya presente en la obra de los fundadores de los *Annales*, adquirió relevancia. Sin embargo, fue con la publicación de *Hacer Historia* (edición de P. Nora y J. Le Goff) en 1974 y de *La nouvelle histoire* (edición de Le Goff, Revel y Chartier) en 1978 cuando, de una manera programática, se abrió el campo temático tradicionalmente centrado en las estructuras profundas. Hasta el punto de que la clara voluntad de abandonar un canon de explicación total de la historia sería calificada por Dosse como el nacimiento de «la historia en migajas».

En los volúmenes de los años setenta, la centralidad se desplazó en la escuela francesa. Cambió de temas y de acento, y fue ocupada por autores marginales hasta entonces, como Ariès, que habían estudiado la muerte. A finales de los ochenta, comenzaría junto con Duby una colosal *Historia de la vida privada*. Más significativos aún son los cambios de orientación de autores centrales del grupo, como Duby mismo, que pasó del estudio de las estructuras de la sociedad medieval a publicar obras como *Las tres órdenes o el imaginario del feudalismo* (1978), o *El caballero, el cura y la mujer* (1981); y el de Le Roy Ladurie, que después de su estudio sobre los campesinos de la Provenza a lo largo de tres siglos, publicaría *Montillou, una aldea Occitana* (1975), un trabajo precursor en microhistoria, en el que a partir de un proceso judicial en una pequeña localidad occitana se explicaba la herejía albigense. Más adelante, Le Roy se ocuparía de la historia del clima o de la brujería. Este impulso, que se había iniciado entre los medievalistas con trabajos como el de Le Goff sobre el purgatorio, se extendió a la historia moderna y a la contemporánea mediante otros escritos como el de M. Vovelle sobre la descristianización en la Provenza del siglo XVIII (1978).

La reorientación francesa tenía su origen en el diálogo con la antropología, pero no sería una excepción. En Italia, pero también entre los historiadores americanos, se desarrollaría un esfuerzo similar que se conocería con el nombre de *microhistoria*. Influidos por la inspiración de Thompson de hacer una

historia desde abajo, y comprometidos también con una perspectiva política, aquello que alejó a los nuevos microhistoriadores de los grandes relatos de la historia social fue el cuestionamiento de su idea lineal de progreso. En adelante, ya no se trataría de conocer las condiciones materiales de la vida cotidiana de los hombres en general, sino cómo estos hombres habían experimentado estas condiciones, comprender la experiencia de los historiados, es decir, considerarlos en su subjetividad, individualmente.

Metodológicamente, la antropología de Clifford Geertz influyó y facilitó esta perspectiva cultural. Este consideraba que la cultura no podía ser explicada como una ciencia experimental que tuviera que formular leyes generales, sino como una ciencia interpretativa en busca de significado, que dotara el mundo de sentido y lo hiciera comprensible. Para ello, proponía sustituir los métodos analíticos característicos de la ciencia experimental por lo que él denominó la descripción densa, es decir, la comprensión de los significados clave de cada cultura a partir de una aproximación al objeto de estudio, no guiada por una teoría y un cuerpo conceptual, sino dejando que el sujeto de la investigación hablara por sí mismo.

Carlo Guinzburg y Giovanni Levi, desde *Quaderni Storici*, y también su compatriota e historiador de la economía Carlo Cipolla, fueron, junto con la norteamericana Natalie Zenon Davis, los iniciadores de la microhistoria con un conjunto de trabajos que obtendrían un gran impacto internacional y de público. En el **planteamiento microhistórico** se da prioridad al relato, puesto que se trata de aprovechar un pequeño acontecimiento singular como fuente de conocimiento universal, es decir, de un intento de acceder a consideraciones y explicaciones macrohistóricas a partir de estudios micro.

Así, en *El queso y los gusanos* (1976), Carlo Guinzburg narra, a partir de la documentación de un proceso judicial, la visión del mundo de un molinero de Friuli en el siglo XVI llamado Menocchio, y a partir de una fidelidad absoluta al documento, intenta penetrar en el universo mental de un hombre de aquel tiempo. En un sentido parecido, la norteamericana Natalie Z. Davis, en *El retorno de Martín Guerre* (1983), explica la historia de un forastero que se hace pasar por el esposo retornado después de una larga ausencia de una campesina que acepta la impostura en la Francia del siglo XVI, y explica así la condición femenina en el campo de aquella época y las relaciones familiares. El objeto de estos trabajos es acceder a los protagonistas de esta historia desde abajo, que rara vez dejan otros testigos que los procesos judiciales o las actas testamentarias.

En Alemania, la ciencia social histórica también fue contestada desde planteamientos parecidos por los representantes de la antropología histórica, inspirados en la obra de Geertz y del también antropólogo Marshall Sahlins. En este caso, fue el esfuerzo por estudiar la **protoindustrialización**. Estos estudiosos llegaron a la microhistoria a partir justamente de la macrohistoria, en concreto de los estudios demográficos de la edad moderna que registraban por medio de métodos cuantitativos. Pero estos métodos no tenían rostro, y de aquí pasaron al estudio de las familias y a las historias de vida que permitían conocer las relaciones personales y las redes sociales familiares en periodos largos.

El uso de los testamentos como fuente era un instrumento de primer orden; así, Medick pudo estudiar la cultura libresca a partir de los inventarios que encontró.

El enfoque microhistórico y la introducción de los métodos de la antropología histórica abrieron la puerta a una avalancha de estudios locales en todo el mundo, que a menudo confirmaban hipótesis generales o las cuestionaban seriamente.

El género biográfico renació poderosamente como una manifestación de este regreso a la cultura y a la narración después de décadas de ser considerado poco menos que divulgación.

Pero en líneas generales, el giro cultural también encontró sus límites como planteamiento metodológico; si la ciencia social histórica de la posguerra había mirado preferentemente hacia la sociología y la economía, el giro cultural lo hacía hacia la antropología de manera preferente. En el fondo se ponía de manifiesto la incomodidad de la historia para ser una ciencia social total, capaz de entender y explicar la complejidad de los mundos pasados que quería penetrar.

La Nueva Historia Cultural, sin embargo, no fue un fenómeno únicamente europeo y vinculado a la crisis de la historia social comprometida con la izquierda. En Estados Unidos tomó sus propios caminos como un desarrollo de la tradicional historia intelectual, en la que tuvo un papel relevante la generación de intelectuales judíos de origen alemán que llegó a la madurez en los años sesenta y setenta.

El estudio de las ciudades como sujeto histórico establecido, menos problemático que el de los estados, también renació. En este campo, el trabajo de Carl Shorcke resultó un modelo. *Fin-de-Siècle Vienna: Política y cultura* (1980) combinaba la tradicional historia intelectual con la historia urbana, produciendo un relato enormemente atractivo de las transformaciones culturales de la Viena de Freud y Wittgenstein, a partir de la explicación de la crisis de la sociedad austríaca. George Mosse publicó sus estudios sobre el origen del nazismo, el racismo y la cultura alemana y europea contemporáneas en estos años, justo cuando el tema del nazismo dejaba de ser un tabú en la sociedad americana. Y Peter Gay fue del estudio tradicional de las ideas, en sus libros sobre Voltaire o la Ilustración, hacia una historia cultural de Weimar (1968) y, más adelante, se centró en Freud, con el notable *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud* (1985-1998).

1.4.2. El postestructuralismo

Más allá de la renovación de la historia intelectual y al abrigo del cambio cultural a raíz de la crisis del 68, Francia vio declinar el paradigma estructuralista, fruto de una crítica desde dentro que se conocería como postestructuralismo. Esta tendría un gran impacto sobre las ciencias sociales y también sobre la historia. El postestructuralismo quería ser una crítica a la razón como sistema de dominación, con dos aspectos particularmente relevantes en cuanto al campo de la historia. En primer lugar, el **rechazo a las implicaciones totalizadoras de la noción de «sistema»**, ya sea aplicada al lenguaje, a la cultura o a la so-

ciudad. Se entiende que estos sistemas son un producto del observador y no del objeto mismo, y esto implica también un rechazo a la noción de estructura, no necesariamente profunda, y a la idea de historia total –que compartían los *Annales* y el marxismo.

En segundo lugar, el postestructuralismo compartía con el estructuralismo la **atención hacia el lenguaje como fuente de significado**, destacaba la inestabilidad y, en último término, la indeterminación, puesto que el «significado» siempre queda abierto.

Las dos consideraciones tenían serias consecuencias sobre la práctica histórica.

La primera resultaba una negación frontal del historicismo y la segunda ponía seriamente en crisis los métodos tradicionales del historiador, que construye el relato histórico a partir de documentos a los que atribuye carácter estable y veracidad en su capacidad de representar aquello que pasó (Gunn, 2006). En líneas generales, la perspectiva postestructuralista profundizaba en el papel central de la cultura en las estructuras de poder y en las propias estructuras sociales.

Este camino ya lo había iniciado Gramsci con su concepto de **hegemonía** –considerando el dominio cultural como una pieza clave de la estructura de dominación de clase–, y Williams y Thompson con su crítica al **economicismo** y su acento en el **carácter económico de los fenómenos culturales**, y algunos de los autores de la Escuela de Fráncfort como Habermas con su concepto de **esfera pública** como espacio de sociabilidad política moderna basado en el debate público y la prensa.

El asunto de la relación entre poder y cultura se situaba, para los postestructuralistas, en el centro de sus relaciones, de tal manera que la historia cultural recibiría, al menos en este punto, una influencia decisiva. De los muchos autores que se pueden adscribir a esta corriente, nos fijaremos, por su impacto en la historiografía posterior, en Foucault y Bourdieu.

Michel Foucault era un filósofo formado en el estructuralismo que evolucionó hacia la historia de las ideas y, más adelante, de esta a la historia social. Allí donde Norbert Elias había subrayado la idea de autocontrol en el proceso histórico, él destacaba el control sobre las personas y especialmente sobre los cuerpos que ejerce el poder establecido. Definió el estudio del control del pensamiento, incluyendo el sistema de exclusión de ciertos temas e ideas, como su objeto de trabajo en un cierto momento. Su obra, que es evolutiva, se despliega en una serie de libros sobre la locura, *Historia de la locura en la época clásica* (1966), los sistemas intelectuales, *Las palabras y las cosas* (1970), las prisiones, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión* (1979), y la sexualidad, *Historia de la sexualidad* (1980-1987). Foucault se oponía abiertamente a cualquier interpretación teleológica de la historia basada en el progreso. Esta idea, tomada de Nietzsche, le oponía pues al grueso central de la tradición moderna.

En segundo lugar, señalaba las discontinuidades o rupturas entre las palabras y las cosas en el tiempo, y remarcaba la invención de la locura en el siglo XVII, o de la sexualidad en el siglo XIX a partir de la asignación de nuevos significados. En tercer lugar, concebía los sistemas de clasificación, que él denominaba «regímenes de verdad», como producciones de una determinada cultura y al mismo tiempo como agentes de conformación de esta cultura. Y, en cuarto lugar, prestaba una atención central a lo que es excluido como mecanismo de control. Como hemos visto, sus principales estudios giran en torno a la locura, los criminales, las prisiones y las formas socialmente reprobadas de sexualidad.

Lo que en realidad le interesaba eran las categorías, cuyos principios subyacentes organizan en «discursos» lo que se puede pensar, decir o escribir en un determinado momento histórico. Estos discursos colectivos y subyacentes eran para él más importantes que las obras de los autores particulares, que entendía solo como representación. Algunos autores, sin embargo (Burke, 2004), ven en este punto su debilidad principal, puesto que consideran que el concepto de discurso resulta ambiguo.

En cualquier caso, su enorme influencia posterior se debe al hecho de que no solo escribió teoría, sino también historia intelectual y social, que incluía tanto las prácticas como las ideas, las mentes y los cuerpos. Y, a partir de estas historias, intentó reconstruir una idea del poder que no solo se ejerce desde los grandes mecanismos de coacción regulados, sino desde una «microfísica» del poder que abarca todas las formas de relaciones interpersonales.

Pierre Bourdieu, por su parte, era un sociólogo también formado en el marco de la École Normal que, a pesar de que no escribió sobre historia, tenía una buena formación en este ámbito. Además, los conceptos creados por él han tenido una fuerte influencia sobre los historiadores culturales de las generaciones siguientes. Sus ideas más importantes sobre la cultura se encuentran en su obra *La distinción: criterio y bases sociales del gusto* (1979). Este es un trabajo sociológico sobre el consumo cultural en Francia en los años sesenta y setenta, y el intento de clasificarlo a partir del gusto. En conjunto, se trata de una crítica al concepto kantiano de estética pura, que presentaba el arte y la cultura como un elemento independiente de lo que es social y de cualquier propósito moral. Al contrario, el trabajo de Bourdieu intenta demostrar que las ideas sobre el gusto y el valor cultural se sobreponen y refuerzan la jerarquía social y la división de clase. Utilizando un concepto de cultura amplio, que no solo atañe al arte, a la música o a la literatura, sino también a la vida cotidiana, al mobiliario, al vestir o a la comida, se esfuerza en desnaturalizar categorías como *mirada*, *gusto* o *distinción* dotándolas de historicidad.

En esta perspectiva, la cultura no es ni una creación autónoma, ni un subproducto de la estructura económica, puesto que interactúa con la economía y el orden social, los refuerza y es un agente decisivo de su reproducción. El gusto clasifica las cosas y clasifica al clasificador. Si bien la clase no es un producto cultural, la cultura tiene un papel central en su reproducción y sostenimiento. La cultura representa una forma de capital, «el capital cultural», que se puede elaborar, heredar o intercambiar como el capital económico. Las formas de comportamiento, conocimiento, percepción y gusto que conforman el gusto se educan en la familia y en el entorno social. Esta larga y compleja gestación ambiental del gusto es lo que hace que el de las clases dominantes aparezca como un hecho natural, es decir, una manera «natural» de distinción social. El poder y la autoridad no son nunca, por muy decisivos que resulten, algo únicamente fruto de la riqueza, la propiedad y el poder. El prestigio cultural y la capacidad de manejar el capital simbólico definen los esquemas de percepción de clase e identifican a sus individuos.

Sin embargo, y sobre todo, las críticas de Foucault y Bourdieu, y en general el postestructuralismo, tuvieron impacto entre los historiadores por dos motivos. En primer lugar, porque ponían el peso en aquello que es cultural en las relaciones de poder, en el momento en que la historia, por muchos motivos, estaba preparada para adoptar esta perspectiva. Y en segundo lugar, porque defendían la idea de construir un conocimiento social abierto y dinámico, en el que los discursos son por definición inestables y cambiantes, es decir, hacían hincapié en la historicidad.

1.5. Teorización de la narrativa: White, Ricoeur y de Certeau

El giro cultural había propiciado al mismo tiempo un giro hacia la narrativa, tal y como señaló Lawrence Stone en 1979. Sin embargo, la recepción en el campo historiográfico de la crítica postestructuralista y más adelante del posmodernismo fue mucho más allá. No eran ya las dudas sobre la idea lineal de progreso acuñada por la Ilustración lo que se planteaba, sino la validez misma de los ideales modernos y de su racionalidad.

Las insuficiencias teóricas, metodológicas y políticas que mostraba la historia social abonaron la búsqueda de nuevos caminos, y entre estos tomaría relevancia el **giro lingüístico**, un concepto nacido en Gran Bretaña en torno a trabajos justamente inscritos en la tradición de la historia social, como el de William Sewell sobre el **lenguaje laboral** francés en el siglo XIX (1980), o el de Gareth Stedman Jones sobre los **lenguajes de clase** (1983).

Esta orientación influiría sensiblemente en la apertura de nuevas perspectivas, como la de género en los trabajos de Joan Wallach Scott (1988), la de raza, etc. Para estos autores, el estudio del lenguaje era un poderoso instrumento para

Nota

La influencia de estas ideas ha sido enorme entre los historiadores de la burguesía y de la formación de las élites contemporáneas. Esta influencia es particularmente visible en los trabajos de Christophe Charle, iniciador en Francia de los trabajos sobre sociología histórica de los intelectuales, los funcionarios, los profesores y otras élites, que culminó con *Les Intellectuels en Europe au XIXe siècle* (1996).

Nota

Este quería ser una continuación directa de la línea iniciada por Thompson en la dirección de entender la construcción de una cultura desde abajo, y lo hacía atendiendo a las formas del lenguaje plebeyo.

la comprensión del cambio político y social. Se trataba de la reconstrucción del discurso para comprender los marcos mentales de los sujetos históricos y la construcción de su propia historicidad.

Esta atención al lenguaje guardaba relación con la recepción entre los historiadores de la obra de Foucault, y particularmente de su idea de discurso vinculada a las formas de poder. Las concepciones tradicionales, relacionadas con una visión institucionalizada de este y con las formas de dominación económica o la acción del Estado, quedaron superadas por una concepción del poder centrada en las relaciones interpersonales y su relación con el saber. Se hacía hincapié en el papel disciplinador del lenguaje por medio del concepto de discurso que delimita lo que puede ser, o no ser, pensado en contextos específicos de espacio y de tiempo. Tomando como eje el concepto foucaultiano de discurso, autores como Roland Barthes y Jacques Derrida plantearon que el texto no guarda ninguna relación con el mundo exterior. Es, por lo tanto, una unidad cerrada donde lo que importa es el texto y no el contexto en el que fue producido.

En el fondo, esta crítica se dirigía contra las concepciones ideológicas subyacentes que guían a cualquier autor, intentando ponerlas a cuerpo descubierto. Pero iba mucho más allá cuando reducía las prácticas discursivas a las trazas del texto. La historia como disciplina tenía que ser repensada, puesto que los fundamentos en que se había asentado a lo largo de más de un siglo, desde la formulación rankiana, estaban seriamente debilitados. Nuevas perspectivas teóricas intentaron repensar los fundamentos de la disciplina a partir de la aceptación de su carácter narrativo. Entre estas destacan los trabajos del americano Hayden White, y los franceses Paul Ricoeur y Michel de Certeau.

Los trabajos de White y LaCapra estaban decididamente influenciados por el posmodernismo, difundido en los años setenta por autores como Lyotard. La obra más significativa en el campo de la historia de esta corriente es *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (1973), de Hayden White. Este intentaba mostrar por medio del estudio de cuatro historiadores clásicos del siglo XIX –Michelet, Tocqueville, Ranke y Burckhardt– y de cuatro filósofos de la historia –Hegel, Marx, Nietzsche y Croce– que no hay ningún criterio histórico-científico para establecer la verdad, pero que tampoco hay ninguna diferencia entre ciencia histórica y filosofía de la historia. White admite que el trabajo filológico científico sobre las fuentes puede establecer los hechos, pero niega que se pueda, a partir de estos, construir ninguna concatenación causal que dé como resultado una visión coherente del pasado guiada por criterios científicos, e intenta demostrar que estos criterios son de naturaleza estética o moral. La estética estaría determinada por la elección de una de las posibilidades retóricas –limitadas– que el historiador tiene al alcance, y las morales –es decir, ideológicas– a criterio de esta naturaleza. En esta visión, la diferencia entre descubrimiento e invención en historia queda completamente difumi-

nada, y a su vez cualquier criterio de veracidad real o formal también. En definitiva, la historia es considerada como una rama de la literatura, como por ejemplo la narrativa o la poesía.

El principal problema de esta concepción, denominada posmodernismo, que han desarrollado posteriormente autores como Jenkins, ha sido su dificultad para producir textos históricos que fueran más allá de la pura teoría. De hecho, se ha limitado a señalar algunos de los riesgos a los que se enfrenta el historiador ante su narrativa, pero sin aportar elementos operativos a la construcción de un nuevo saber.

Por su parte, el filósofo Paul Ricoeur, que ya se había interesado antes por la historia como proceso y como conocimiento, publicó entre 1983 y 1985 su obra en tres volúmenes *Tiempo y narración*. Aceptaba que la historia es una forma de conocimiento distinta de la ficción, en cuanto que aquello que narra sucedió realmente y no solo en la imaginación del autor. Los individuos se aprehenden ellos mismos explicando su historia, y los grupos sociales también. Por eso, el elemento central de la narración histórica es la **trama**, aquello que religa los sucesos singulares y los dota de significado explicativo. Por eso, la **escritura histórica**, por muy académica y fiel a los datos que sea, no se limita a reproducir hechos del pasado, puesto que aquello que pasó está más allá de cualquier reconstrucción.

El proceso de narración histórica, en la teoría de Ricoeur, opera a partir de la mimesis (imitación) que representa aquello que pasó. La mimesis se desarrolla en tres dimensiones dentro de la narración histórica:

- la **prefiguración**, que requiere la comprensión del mundo y las acciones humanas que hacen inteligible la narración;
- la **configuración**, que se ocupa de la trama ordenando los sucesos en forma de historia; y
- la **reconfiguración**, que referencia la narración en el mundo real de modo que se haga comprensible al lector.

De esta manera la historia actúa por analogía, representa el pasado del mismo modo que una metáfora puede representar un hecho análogo.

No obstante, Ricoeur se esfuerza mucho en señalar que este *modus operandi* no se puede confundir con ninguna forma de ficción, puesto que el historiador está sujeto a una serie de restricciones. Primero, la historia trata de hechos que realmente ocurrieron y han dejado trazas inteligibles. Y, segundo, los hechos históricos tienen que ser presentados respetando la sucesión cronológica. En otras palabras, mientras que la ficción se ocupa de contar, la historia tiene que argumentar y explicar.

Este argumento y explicación se centran en establecer la **causalidad**, es decir, la capacidad de crear relaciones que expliquen por qué las cosas se produjeron de una manera y no de otra.

Efectivamente, en su narratividad, la historia, igual que la literatura, es una obra de imaginación, pero esta se ciñe en interpretar los indicios del pasado en el presente, en el marco del contexto histórico que les aporta significado.

Finalmente, Ricoeur señala que la historia tiene una dimensión ética, puesto que los sucesos memorables, aquello que merece ser recordado, guardan relación con un fuerte compromiso al servicio de la idea de un «nosotros», que puede ser el «deber con los muertos» que formuló Michelet para la historia nacional, o el rescate de las historias de los grupos desposeídos que forman el programa de «la historia desde abajo». La historia siempre tiene una finalidad ética, cuya ficción está liberada. En este sentido, en la medida en que la historia tiene un propósito moral e intelectual ineludible, su narratividad y sus operaciones metafóricas no la disminuyen en absoluto como rama de conocimiento humano.

Por su parte, **Michel de Certeau**, antropólogo, psicoanalista e historiador de la religión, en su obra *La escritura de la historia* (1975), se centra en la historia como práctica. Es decir, en el conjunto de operaciones que la separan de otras empresas intelectuales, en una forma de pensamiento que no pretende desarrollar un sistema explicativo como los de Ricoeur y White. En este sentido, el carácter narrativo de la historia, para Certeau, se encuentra en el hecho de que opera con textos del pasado para producir textos sobre el pasado, y su carácter científico se reconoce por medio de la identificación de una serie de prácticas necesarias para esta producción. La relación de la historia con el pasado es forzosamente ambigua, puesto que los mismos textos sobre los cuales opera el historiador y los que produce no son el pasado real, sino el resultado de un conjunto de presiones e influencias que condicionan su producción. El pasado se convierte en historia a partir de un conjunto de prácticas que él denomina «la operación historiográfica». Estas implican un **lugar**, un procedimiento analítico, y la construcción de un **texto**.

En la perspectiva de Certeau la historia se produce siempre desde un **lugar institucional** (universidad, archivo, biblioteca) y **social** (una escuela historiográfica, un entorno académico), y por lo tanto, se trata siempre de una obra que hay que comprender como colectiva y no individual. En segundo lugar, la operación historiográfica no es una representación directa del pasado, sino que se produce a partir de una serie de procedimientos analíticos establecidos que cambian algo que tenía un estatus en el mundo en que se produjo –el documento, el dato–, por una cosa nueva, y esta adquiere sentido por el lugar, las operaciones analíticas y la escritura del historiador.

Certeau, más que reconstruir el pasado, proponía utilizar críticamente el conocimiento histórico para cuestionar los modelos heredados. Igual que había hecho Foucault, se interesaba por aquello que había sido eliminado, lo que no

Nota

A pesar de que la aportación de Ricoeur avala la historia como una rama del conocimiento, algunos autores la han criticado por su generalidad, de tal manera que los procesos explicados por el autor se podrían aplicar a la crónica o el análisis (Burke, 1993).

se podía explicar. La historia trata de construir un discurso sobre el otro (el del pasado), pero de otro que queda siempre abierto: el pasado puede cambiar y no puede ser nunca completamente fijado. Toda interpretación es por definición incompleta. En definitiva, Certeau vio la historia como una disciplina crítica, que trabaja en los límites del conocimiento, cuyo fin debe ser la perturbación del orden establecido; el historiador no es el intérprete del pasado, sino un pertinaz crítico de los sistemas de racionalización totalizadora.

Algunas de las críticas al planteamiento de Certeau, como las de Ricoeur, señalan que este tiende a exaltar la resistencia en sí misma sin ninguna valoración de carácter moral. Aun así, como ha señalado Chartier (1997), la creencia de Certeau en el potencial de radicalidad del estudio histórico es lo que lo hace más valioso, singularmente en una disciplina con una inclinación permanente al conservadurismo empírico. Justamente, colocando la historia en el lugar de la experimentación, el descubrimiento del conflicto y la diferencia, Certeau la identifica como una forma de conocimiento del otro y, por lo tanto, del yo.

Todavía es difícil identificar la influencia de estos intentos teóricos en la producción historiográfica, pero, como veremos en el apartado siguiente, han sido relevantes. La narración se ha convertido en un concepto común en la historiografía de hoy.

Se pueden citar algunos ejemplos fuertemente influidos por esta perspectiva, como el trabajo de Judith Walkowitz *La ciudad de las pasiones terribles: narraciones sobre el peligro sexual en el Londres victoriano* (1992), en el que la autora, a partir de las narraciones de la prensa sensacionalista o de los melodramas victorianos, se aproxima al estudio de las identidades de género, la sexualidad y la historia urbana. O el de Callum Brown, *The Death of Cristian Britain* (2001), en el que el proceso de secularización occidental es examinado como una narrativa autónoma que entra en crisis, y no solo como una consecuencia ineluctable del proceso de modernización.

1.6. La identidad, de la representación a la construcción: nación, género, raza e historias subalternas

Los serios interrogantes que se planteaban sobre la idea de progreso inscrita en el corazón del proyecto moderno no eran ya solo la anticipación de unas minorías intelectuales defraudadas o radicalizadas, ni la decepción de las expectativas de las generaciones nacidas en el confort del paradigma keynesiano. La crisis de este modelo de desarrollo económico y los acontecimientos trascendentales y sorprendidos de la década de los ochenta produjeron un gran impacto sobre la cultura, y también sobre la historia como disciplina, abocada a una crisis, en parte de perplejidad, en parte de quiebra de modelos.

Los años ochenta profundizarían esta sensación, la revolución thatcheriana en Gran Bretaña y la histórica derrota del sindicalismo inglés; las enormes grietas de los sistemas comunistas puestas en evidencia por los obreros polacos; el rápido y decisivo proceso de desindustrialización pesada en la Europa occidental y la fragmentación consiguiente de la clase obrera como sujeto social; la crisis y disolución de la nueva izquierda europea a raíz de su deriva violenta en Italia y Alemania, etc.

Estos y otros eran los signos de un cambio de tiempo que el año 1989 se encargaría de sentenciar. Los vínculos estrechos entre política, compromiso social e historia habían sido evidentes, y los intentos de una ciencia histórica social no serían ya objeto de crítica y revisión, sino que estallarían debido a su inviabilidad política propia.

La problematización de la capacidad explicativa de las categorías de análisis social como la clase no fue tan solo, ni sobre todo, un fenómeno ligado al debate teórico de los científicos sociales postestructuralistas o posmodernos, a pesar de que esto evidenciaba los vacíos y los fracasos e insuficiencias en el intento de construir un saber histórico científico y totalizador.

La clase obrera

Un marxista como Eric Hobsbawm, en el texto «¿Se ha detenido la marcha hacia delante de la clase obrera?», planteaba en 1978 que la desintegración de la antigua estructura de la clase obrera, que permitía una filiación y una identificación políticas, se estaba desmembrando debido a la creciente fragmentación social. Y si la izquierda quería mantener la relevancia primaria de las desigualdades materiales y de poder en su discurso, tenía que repensar las formas de unidad política, tanto en lo que respectaba a las bases sociales a quienes se dirigía, como renovando su retórica y sus ideas. La reflexión de fondo sobre la categoría analítica de clase social se ha mantenido muy abierta en el debate historiográfico hasta hoy, tal y como han explicado Eley y Nield en *El futuro de la clase en la historia* (2010).

La historia social que había construido los grandes paradigmas de la posguerra a partir del afán de científicidad se encontraría en las dos décadas siguientes, los ochenta y noventa, con una avalancha de críticas y replanteamientos. En definitiva, lo más parecido a un naufragio.

El problema de la **identidad**, al fin y al cabo un problema fundamentalmente cultural, ocuparía el centro de todas las discusiones: la identidad nacional, de género, de raza, la identidad colonial o subalterna, aparecerían como los nuevos campos de estudio histórico.

Sin embargo, el concepto era notablemente ambiguo y polisémico. En primer lugar, se puede referir a un individuo o a un grupo. En segundo lugar, la identidad se puede forjar desde el interior y desde el exterior, como una expresión de la agencia de un individuo o un grupo –un elemento característico de la nueva centralidad de la subjetividad en la cultura de los últimos años del siglo XX–, o como resultado de identificaciones construidas desde el exterior por instituciones externas al sujeto. Esta plasticidad del concepto nace en parte de su inestabilidad, es decir, de su historicidad.

Crecientemente los científicos sociales, y también los historiadores, han tendido a ver las identidades como una construcción histórica, tanto si era fruto de una elección autónoma como de una identificación externa. Este desplazamiento ha ido paralelo y es consecuencia de los discursos históricos críticos ya vistos, y que progresivamente dejaron de ver la historia como la representación del pasado para ir viéndola como una construcción del presente.

Nota

En parte fruto de su desarrollo propio, las grandes tradiciones que hemos expuesto en los apartados anteriores siguieron una evolución que las transformaría radicalmente en un sentido de dar una centralidad creciente a la subjetividad en su orientación.

Movimientos sociales

La emergencia en los años sesenta de movimientos sociales como el feminismo, el poder negro o la liberación gay era un elemento subyacente a las nuevas orientaciones centradas en la identidad.

Fruto de la crisis de los grandes metarrelatos dominantes durante la Guerra Fría, el tema de la **nación** y los **nacionalismos** volvió a principios de los años ochenta al centro del debate histórico. En el año 1983, Benedict Anderson publicaba su libro *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Este trabajo apareció en el mismo año que *Naciones y nacionalismos* de Ernest Gellner, y *La invención de la tradición*, un conjunto de estudios editados por Eric Hobsbawm y Terence Ranger. Los tres planteaban la naturaleza moderna del concepto de nación, vinculada a la difusión del liberalismo y la industrialización, y la naturaleza legitimadora de las tradiciones nacionales, que eran siempre una construcción discursiva moderna, junto con su carácter cultural. De este modo cuestionaban abiertamente las concepciones primordialistas tanto de la nación como del nacionalismo. El eje de los estudios nacionales se desplazaba del estudio de la política y el estado a las formas culturales de legitimación. En este sentido, Anderson hablaba de «comunidades imaginadas», puesto que la nación establecía vínculos entre individuos que, no conociéndose, se sentían vinculados por un conjunto de prácticas que los diferencian de los otros. Eran comunidades imaginadas, pero no forzosamente inventadas, aclaraba. Para Anderson, los factores decisivos de la formación de la nación Estado moderna eran:

- el desarrollo de las lenguas vernáculas en detrimento de las lenguas cultas muertas por medio de la alfabetización,
- la difusión de las ideas de la Ilustración sobre el sistema de derechos individuales, y
- la difusión de la imprenta como vehículo de homogeneización cultural sobre unas sociedades tradicionales fuertemente fragmentadas.

A partir de los años sesenta, tuvo lugar el desarrollo político del **movimiento feminista**, cuya historiografía de las mujeres y reivindicaciones crearon algunas dificultades para la perspectiva materialista del género.

En los años setenta, y de acuerdo con las nuevas perspectivas de la historia social y el giro cultural, esta mirada estrictamente política se amplió hacia el estudio de todos los aspectos del pasado de las mujeres, y el campo adquirió un espacio académico propio. La teoría feminista se apartó rápidamente de la terminología propia de la ciencia social para adoptar un nuevo lenguaje de patriarcado, trabajo doméstico, reproducción social y reproducción sexual del trabajo. Crecientemente influida por el psicoanálisis, el postestructuralismo y el análisis del discurso, en los años ochenta se produjo el cambio decisivo: el paso de la historia de las mujeres a la historia de género.

Se necesitaba una manera de pensar la diferencia de sexos y cómo definía esta las relaciones entre los individuos y grupos sociales. Se pasó a insistir en connotaciones sociales y culturales más que en connotaciones físicas. Hombre, mujer y sexo fueron sustituidos por feminidad, masculinidad y género. Este

Nota

Estos historiadores, conocidos con el nombre de modernistas, porque situaban el nacimiento de la nación y el nacionalismo en el punto de la disolución de los antiguos sistemas de dominación (el Antiguo Régimen), hacían hincapié en la naturaleza de construcción cultural que tenía la nación moderna y en el papel nacionalizador de las tradiciones nacionales, a menudo «inventadas» o reconstruidas.

cambio conceptual estaba en la línea de reconocer una creciente pluralización de los sujetos sociales, vistos ahora como construcciones, ya fueran la clase, la raza o la etnia. Al mismo tiempo, permitía relacionarlos entre ellos en busca de una comprensión que admitía más complejidad.

Esta perspectiva tuvo una primera y muy influyente formulación en el texto de Joan Scott de 1986 «Gender: A Useful of Historical Analisis». Scott formaba parte de los historiadores que, proviniendo de la historia social, habían adoptado el giro lingüístico como método de trabajo, y sus primeros pasos se centraron en el estudio del lenguaje de género. Aunque se trataba aún de planteamientos básicamente teóricos. Los trabajos de historia se irían desarrollando en esta dirección en los años siguientes con enfoques tan atractivos como el de Carolyn Steedman, *Landscape for a Good Woman* (1986), en el que la autora utilizaba la biografía propia y la de su madre para cuestionar algunas de las imágenes principales de la historia británica; o el trabajo de Denise Riley «Am I That name?» (1987), en el que se reflexionaba sobre la naturaleza indeterminada y cambiante del concepto de mujer. Incluso aparecieron nuevos planteamientos, como la performatividad que definía Judith Butler en *El género en disputa* (2007), en el que las identidades son vistas como papeles que los individuos tienen en distintos lugares o escenarios, y las aportaciones todavía más recientes de Silvia Federici con *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria* (2010) o, desde la ciencia política, de Nancy Fraser.

Se había pasado de la **historia de las mujeres** a la **historia de género**. El proceso había sido del feminismo a las mujeres, y de estas al género, paralelamente al paso de un interés estrictamente político a uno más amplio de carácter cultural que impactaba sobre todo el mundo académico.

Si el feminismo fue el primer territorio donde el giro cultural y el postestructuralismo dieron lugar a una perspectiva constructivista y abrió un nuevo campo de trabajo (el género), este no fue el único. El caso de la **raza** planteaba problemas nuevos y diferentes de los enfocados en el caso del género. Efectivamente, la raza no tenía ninguna base objetiva de naturaleza biológica y podía ser presentada naturalmente como una construcción histórica y social. Era, por lo tanto, ideología. Pero el hecho de ser una construcción ideológica no la hacía menos real e influyente. Este enfoque tendía a ver la ideología racial como una máscara de intereses para perpetuar y reproducir una estructura de dominación. David Roediger, en *The Wages of Whiteness: Race and Making of the American Working Class* (1991), hizo notar que este planteamiento tendía a presentar la raza como una estratagema ideológica al servicio de un sistema mayor de dominación, fuera este un poder político, económico o social. Junto con otros historiadores hizo ver cómo el racismo obedece a un conjunto de creencias explícitas, parcialmente articuladas, y presunciones inconscientes que generan formas de connivencia y complicidad.

El concepto de *whiteness* (blancura) quería poner al descubierto formas racialmente configuradas de identidad comparables con la ubicación de clase a la hora de participar en el sentido de pertenencia al mundo. No se trataba, pues, de una máscara, sino de otro tipo de división social. Roediger se planteaba cuáles eran las compensaciones psíquicas que la «blancura» podía proporcionar a los trabajadores blancos, y señalaba cómo el estatus y los privilegios de raza podían funcionar como un poderoso sistema de compensación y maquillaje en situaciones de explotación de clase. En una cultura pública tan implacablemente construida en torno a la raza como la americana, esta devenía la condición del no blanco, la condición normal del norteamericano es ser blanco, y esto tenía consecuencias no solo en las condiciones sociales y el bienestar psíquico, sino también en la adquisición de la ciudadanía y los derechos políticos.

En Europa, el problema no se presentaba con esta claridad. Desde el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham, en el entorno de Stuart Hall, autor de *The Empire Strikes Back: Race and Racism in 70s Britain* (1982), se planteaba cómo la identidad nacional británica en su fase postimperial se articulaba en torno a la blancura, es decir, la raza. Tal consideración pasó al campo de los historiadores, que la empezaron a tener en cuenta en sus estudios sobre el pasado británico del Imperio y las relaciones del colonialismo con la metrópoli.

Esta línea conectaba con otro campo que desde finales de los setenta se estaba desplegando a partir de la obra de Eduard W. Said *Orientalismo* (1978). Said era un palestino, profesor de literatura en varias universidades americanas, influido por Williams y los estudios culturales. En su libro *Orientalismo* mostraba cómo a partir del Renacimiento los occidentales habían construido un conjunto de representaciones y una matriz conceptual *Oriente* a partir de la cual se pensaba al otro. Said seguía la literatura, las imágenes, el arte, los estudios académicos de todo tipo. Apelaba al análisis de las prácticas culturales y al mundo de las ideas, para hacer evidente esta construcción, que era una negación de este otro real y existente, y constituía una forma de imperialismo cultural que se continuaba renovando hasta nuestros días. Hacía notar que la aventura colonial, con la fuerza militar y burocrática del Imperio, estuvo sostenida por una invasión ideológica del espacio cultural de los países colonizados, mientras que en la metrópoli, el hecho del Imperio fue más allá del espacio político y económico, para hacerse una estructura constitutiva de la sociedad misma y de su cultura.

Said no había sido el primero en señalar tal relación, puesto que autores como C. L. R. James, en su libro *Los jacobinos negros* (1938), un estudio sobre la revolución antillana, ya señalaba esta relación en dos sentidos entre **colonia** y **metrópoli**. Y de una manera ya bastante influyente, el libro de Frantz Fanon *Los condenados de la tierra* (1961) interpretaba la expansión colonial europea no solo como una manera de dominar el mundo, sino también como una manera de reconfigurar Europa. En este sentido, afirmaba que el fascismo no

había sido más que la importación de los métodos coloniales a las metrópolis europeas (una idea que ya había enunciado Hannah Arendt en 1949). Haría falta, junto con Fanon, tener presente la aportación de Aimé Césaire, que en el conjunto de su obra definiría y desarrollaría el concepto de negritud, especialmente en *Discours sur le colonialism* y *Discours sur la négritude*.

El trabajo de Said recibió la crítica de autores más radicales como Homi Bhabha en *The Location of Cultura* (1994), en el sentido de que en el planteamiento de *Orientalismo* el discurso era unidireccional y pertenecía a los occidentales, de tal manera que el poder está por un lado y por el otro hay tan solo subordinación. Frente a ello, Bhabha ve el poder colonial como algo más fragmentado e incompleto, de lo que los colonizados pueden escapar con sus estrategias propias.

Paralelamente a estos planteamientos sobre el colonialismo, apareció la colección «Estudios Subalternos: Estudios sobre historia y sociedad del Sur de Asia», que llegó a editar once volúmenes en dos series (1982-1989 y 1996-2000). Fue creada por un grupo de historiadores indios, australianos y británicos que, inspirados por el historiador indio Ranajit Guha, autor de *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India* (1983), se opusieron a la historiografía autoconmemorativa del nacionalismo postcolonial, a la óptica eurocéntrica de los estudios asiáticos europeos, y a las concepciones de los deterministas y economicistas del marxismo tradicional. Utilizaban el término *subalterno*, sacado de la obra de Gramsci, para referirse a los grupos sociales subordinados que no disponían de formas de autonomía política organizada, y para hacerlo se centraron en las formas de resistencia popular a la penetración colonial, ya fueran de clase, casta, edad, género u oficio.

Destacaría en este grupo por su proyección posterior Dipesh Chakravorty, autor de *Al margen de Europa* (2000), en un campo que se ha identificado como el de los estudios poscoloniales, y que desde esta mirada ha abrazado la literatura, el arte, la política y la sociedad. Y en el límite, ha cuestionado también la idea de historia universal de fuertes connotaciones eurocéntricas, para proponer la revisión por una nueva historia del mundo de alcance efectivamente planetario, que ensaye una explicación del desarrollo de las distintas culturas y naciones de manera interrelacionada y sin subordinaciones.

En conjunto, los años ochenta y noventa representaron una difícil y fragmentada transición desde una historia social crecientemente cuestionada por el desarrollo mismo de sus postulados más críticos, hacia la exploración de nuevas maneras de hacer historia que abandonaban las formas simples de materialismo. El acento en la cultura como una parte constitutiva de los procesos sociales y económicos y el desarrollo, a menudo en los márgenes, de nuevos conceptos como género, raza o subalternidad fueron nutriendo una perspec-

Ejemplo

Un ejemplo significativo en esta dirección es el libro del historiador indio Christopher A. Bayly, *El nacimiento del mundo moderno 1780-1914* (2004).

tiva en la que la agencia humana se encontraba en el centro de los procesos históricos y, en consecuencia, estos podían ser examinados como construcciones tanto ideológico-culturales como políticas y sociales.

La idea de considerar la cultura como un eje central del proceso histórico se ha ido imponiendo en todos los campos, hoy se vuelve a la **historia social**, pero desde una perspectiva que se denomina **historia cultural de la sociedad**. El estudio de las sociedades se ha hecho más complejo. La caída de los paradigmas dominantes ha tenido sus epígonos.

En el caso de la teoría de la modernización, y tomando el componente cultural en su sentido más simplista, tenemos el libro de Huntington *Choque de civilizaciones* (1993), notorio a raíz de los atentados del 11 de septiembre en Nueva York.

Sin embargo, la influencia del giro cultural sobre terrenos históricamente consolidados como la historia intelectual o política también ha sido relevante.

En este sentido, son destacables las obras de Michel Winock *Las voces de la libertad* (2001) sobre el siglo XIX, y *El siglo de los intelectuales* (2010) sobre el siglo XX; o las nuevas visiones panorámicas sobre historia cultural, en el mundo francés, *El mundo como representación. La historia cultural entre práctica y representación* (1988) de Roger Chartier, y en el mundo de habla inglesa, *Cultura* (2006) de Donald Sassoon, e *Historia social del conocimiento* (2000) de Peter Burke, por citar algunos ejemplos.

En general lo cultural ha sido sinónimo de más complejidad, más reflexión y estudio histórico más esmerado. Definitivamente caída la idea de progreso lineal, los historiadores pisan un terreno menos seguro, pero probablemente más útil.

2. La historia de la contemporaneidad como problema

Hasta el siglo XIX, la historia más inmediata prácticamente no existía como objeto directo de la atención de los especialistas, sino que quedaba únicamente como terreno propicio para diarios y biografías. La historia se construía a partir de la evidencia documental y no de testigos directos, especialmente si estos eran orales o extraídos de la prensa. En una relación directamente proporcional, a más siglos de distancia, mejor parecía la calidad del profesional y de su obra.

No obstante, indirectamente la contemporaneidad estaba presente.

A nadie se le escapaba que tras la preeminencia de la historia antigua y medieval siempre se partía desde la proyección del presente mismo, por lo que se aspiraba a extraer lecciones útiles. Ninguna elección de personaje, periodo o época era inocente, sino que se interpretaba en función de la lectura desde la vivencia directa. En este sentido, la reflexión de Benedetto Croce de considerar que toda historia es siempre historia contemporánea sintetizaba esta preeminencia de la contemporaneidad.

Los nacientes estados liberales, plenamente conscientes de este valor de la historia, no dudaron en encargarle la legitimidad propia, y también el reforzamiento de la cohesión nacional. Aquello vivido en primera persona pasaba progresivamente a concernir a la disciplina sin subterfugios. Esta reaparición plena del pasado reciente coincidía, además, con el surgimiento y el reconocimiento de la especialización y la subdivisión de la historia en diferentes cortes temporales y temáticos, no por ello excluyentes.

A las ya clásicas historia antigua y medieval se sumaba, con fuerza y reconocimiento especiales en la historiografía anglosajona, la acabada de nacer *modern history* ('historia moderna'). La nueva etiqueta incluía los diferentes estudios y trabajos centrados en el periodo liberal. En otras palabras, el nuevo término cubría desde el final de la edad media hasta el presente, dentro de un relato que se caracterizaba por su optimismo, su confianza en el progreso inagotable y la gradual conquista democratizadora.

La contemporaneidad pasaba a ser objeto de estudio como consecuencia del relato determinista del pasado y como evidencia causal del progreso inagotable del futuro. Esta integración permitía justificar la bondad del régimen liberal y llamar a la integración de la ciudadanía dentro de sus filas. Se estaba en la era de la modernidad.

La reforma no se limitaba a la nomenclatura, sino que también afectaba a la práctica de la disciplina. Así, se había abandonado la versión más clásica de compilación de informaciones y de crónica supuestamente objetivas. Hacía falta una nueva metodología más analítica y más crítica, puesto que ya era evidente el carácter polivalente de los hechos. Cada descubrimiento y cada dato

podían encajar en una pluralidad de interpretaciones distintas, según fueran los intereses. Además, la creciente participación política estaba vinculada a la difusión de esta historia secular y nacional, legitimadora de las doctrinas propias y cohesionadora de la sociedad.

Esta continuidad, sin embargo, pasó a ser cuestionada a raíz de la crisis decimonónica del liberalismo. Ante la creciente incertidumbre, se esparcieron por Europa respuestas que iban de los movimientos revolucionarios hasta el conservadurismo nacionalista extremo. Ninguna de estas, sin embargo, evitó la creciente conflictividad social y política. Todo ello estallaría a partir de 1914 con las **dos guerras mundiales**, el **surgimiento de la cultura de masas** y la **posmodernidad**.

2.1. El nacimiento de la historia contemporánea como disciplina moderna

Cerrado el periodo liberal, se imponía el reconocimiento de un nuevo corte temporal historiográfico que certificara el cambio de paradigma político e ideológico. Con el nombre de *contemporary history* ('historia contemporánea'), se comprendía buena parte de los acontecimientos del siglo XX con una fecha de arranque variable, entre 1914 y 1945 según el autor.

Por lo tanto, el **contemporanismo** como disciplina plena surgía durante la Guerra Fría para englobar el periodo más reciente del pasado, con unas fronteras temporales difusas. Su consolidación historiográfica y profesional en Europa estuvo curiosamente protagonizada por una generación de historiadores mayoritariamente provenientes del medievalismo, nacidos en la primera década del siglo XX y testigos directos de los dos enfrentamientos bélicos que habían asolado el continente sucesivamente. Su experiencia vital propia los llevaba a reclamar la necesidad y vigencia de una historia capaz de permitir entender las nuevas realidades.

Serán ellos quienes favorecerán el tránsito hacia el contemporanismo de las comunidades profesionales nacionales y de los congresos internacionales de ciencias históricas (en muchos de estos países en proceso de reconstrucción a raíz de la guerra y de la política de bloques posteriores). A partir de la década de los cincuenta, el diálogo se abrirá progresivamente hacia el resto de las comunidades académicas fuera de la Europa occidental.

Los estudios contemporáneos surgen, por lo tanto, en plena crisis de la disciplina y en medio del enfrentamiento ideológico entre los dos bloques: **capitalista** y **socialista**. El auge o decadencia de las diferentes modas historiográficas condicionarán el enfoque de la contemporaneidad, y los intereses partidistas buscarán a menudo lecturas teleológicas del futuro. Nunca como entonces encontraremos cátedras, departamentos e instituciones interesadas en la historia en general y en la contemporaneidad en particular, pero la fragmentación, la

falta de diálogo y un cierto desencanto entre la profesión misma reducirán paradójicamente la presencia pública de los historiadores, en favor de especialistas de otras disciplinas.

En el caso español se dan, además, ciertas particularidades. En primer lugar, la horquilla presentaba límites más amplios, puesto que el relevo entre historia moderna y contemporánea se fijaba en el periodo revolucionario a caballo entre los siglos XVIII y XIX y se extendía hasta el presente. De hecho, las particularidades de la periodización española arrancaban de principios del siglo XX, cuando en la Universidad de Madrid –la primera beneficiada por el sistema centralista– se constituyen las nuevas cátedras temporales y temáticas (nuevas cátedras, como por ejemplo: Historia antigua y medieval de España, Historia universal antigua y medieval, Historia universal moderna y contemporánea, Historia de América e Historia de la civilización de judíos y musulmanes) y otras provenientes de la suprimida Escuela Diplomática (Numismática y epigrafía, Paleografía y Bibliografía).

Y en segundo lugar, la consolidación del término *contemporáneo/contemporánea* en la Universidad española no garantizaba nada. De hecho, la reforma encontró fuertes resistencias por parte de los sectores más tradicionales, aferrados a una literatura histórica sesgada y patrioter. Durante el primer tercio del siglo XX se produce un intenso debate entre los partidarios de un relato idealizador de la Castilla medieval y menospreciador respecto del XIX, frente a otros docentes que, gracias a la Junta de Ampliación de Estudios y otras instituciones, conectan con los modelos europeos y con un nuevo concepto de divulgación histórica.

Después del paréntesis de la Segunda República, cuando parecía posible imponer las tesis más innovadoras y europeas, la Guerra Civil representó su decabezamiento durante décadas. El franquismo retornó el foco histórico al pasado imperial, arrinconando la investigación sobre periodos más recientes a breves alusiones siempre peyorativas, a excepción de las hagiografías sobre el propio régimen. A partir de la década de los cincuenta empezamos a encontrar excepciones a este silencio, a menudo protagonizadas por profesores concretos –Jesús Pabón (1902-1976), Jaume Vicens Vives (1910-1960), etc.–, por investigadores vinculados al Instituto de Estudios Políticos y por intelectuales provenientes (y desengañados) de Falange.

2.2. De la contemporaneidad a la historia del tiempo presente

La horquilla temporal de la contemporaneidad se iba dilatando progresivamente, hasta obligar a plantear la necesidad de un nuevo corte historiográfico más cercano al presente. Con la intención de recuperar la proximidad, característica inicial de la contemporaneidad, y alejarse de los estudios más vinculados a la Segunda Guerra Mundial y a los años centrales de la Guerra Fría,

surge en la década de los ochenta un nuevo concepto bajo varias etiquetas: como por ejemplo *Current history*, *Zeitgeschichte*, *historia del mundo actual*, *historia del presente* o *historia del tiempo presente*.

En buena medida, la duda nominal recoge la dificultad conceptual de aprehender la categoría presente.

El presente es por excelencia un tiempo en construcción, que crea pasado y futuro a la vez, en el cual vivimos y desde el que imaginamos el futuro y nos representamos el pasado. Epistemológicamente, las dudas son evidentes. Además, el presente es subjetivo y, a la vez, acumulativo, dado que coinciden en él la experiencia vital y la intergeneracional.

En todo caso, el rasgo diferencial es el vínculo con la experiencia vivida (la historización de la experiencia). En palabras del catedrático de historia contemporánea de la Universidad Complutense Julio Aróstegui (1939-2013):

«El objeto de la historia del tiempo presente no puede ser otro que la historia de los hombres vivos, de la sociedad existente, en cualquier época».

Por lo tanto, la evolución es constante y está muy vinculada a las generaciones vivas. Por delante, el paso mismo del tiempo hace avanzar los límites de la disciplina, mientras que por detrás se suele recurrir a fenómenos traumáticos o icónicos para fijar el punto de partida. De manera sucesiva, se ha hablado como hechos fundacionales de las revoluciones de 1968, de la crisis de los setenta, de la caída del muro de Berlín (1989), del hundimiento del bloque soviético (1991), de los atentados a las Torres Gemelas de Nueva York (2001), etc.

La historia del presente se asocia así a los acontecimientos más recientes, a la vivencia de estos y al uso (y abuso) del relato histórico. Esta última circunstancia está estrechamente relacionada con los usos de la historia, las interferencias políticas y de todo tipo sobre el relato histórico, así como la memoria y los debates de memoria frente a historia. En esta historia del tiempo presente la cultura tiene un papel central, puesto que es donde mejor se resumen muchos de los fenómenos de interés del periodo.

A pesar de que otras disciplinas tienen también como objeto de estudio la actualidad o la historia más reciente –como por ejemplo el periodismo, la sociología o la ciencia política, entre otras–, la diferencia principal reside en la aplicación de la metodología propia de la ciencia histórica. De hecho, son estas herramientas contrastadas las que deben garantizarnos el análisis crítico propio de la historia, y conjurar los peligros evidentes:

Nota

Hoy, hacer historia del mundo actual quiere decir hablar de la revolución de las comunicaciones y de la información, de digitalización, de gobernanza global, de ciencia y tecnología, de identidad y de riesgo.

- la **falta de perspectiva** y de **lejanía**, que pueden cuestionar la objetividad de nuestra aproximación,
- impedir una detección correcta de la **causalidad** de los fenómenos estudiados, y
- dificultar la **asimilación correcta de la avalancha de información** no jerarquizada que nos llega por los nuevos medios.

Para el historiador y académico francés Pierre Nora, la historia del presente no se define por una determinada cronología (dado que es dinámica), ni por un método específico, sino por un punto de vista propio que exige una actitud científica más abierta a la interdisciplinariedad y a la utilización de un amplio abanico de metodologías. Es decir, no estaríamos exactamente ante un periodo. Más bien hablaríamos de una sensibilidad y una preocupación especiales por el hecho histórico y su tratamiento. Seguramente, esto explica tanto su atractivo y demanda social como los peligros de banalización y falta de reflexión teórica.

Esta nueva disciplina se ha ido institucionalizando en los últimos años y se ha caracterizado por un desarrollo intenso.

Así, ha aparecido progresivamente en los planes de estudios universitarios y ha pasado a centrar la atención de departamentos de nueva creación como el Institut d'Histoire du Temps Présent francés (1980). En España, los primeros trabajos serios, como los de la catedrática de Historia Contemporánea de la Universidad de Salamanca Josefina Cuesta, datan de la década de los noventa, a pesar de que en algunos lugares ya se hablaba de «historia actual» en los ochenta. Sin ánimo de exhaustividad, hay que destacar grupos como la Asociación de Historia Actual (fundada en Cádiz en el 2000), la Asociación de Historiadores del Presente (vinculada a la UNED, 2001), los Estudios del Tiempo Presente (Universidad almeriense, 2002), el Centro de Investigaciones Históricas de la Democracia Española (vinculado a la UNED, 2009) o, en Cataluña, el Grupo de Investigación y Análisis del Mundo Actual de la UB (2009) y el Grupo de Investigación en Historia Actual de la UAB (2010), entre otros muchos. Igualmente, han aparecido nuevas revistas científicas, como *History of the Present* en 2010, impulsadas, entre otros, por Joan Scott.

2.3. Historia y memoria

Historia y memoria siempre han estado estrechamente vinculadas. Sin embargo, en los últimos años esta relación se ha hecho crecientemente conflictiva, y ha coincidido con la revalorización del testimonio frente a la disciplina. En este proceso, sobresale el papel capital que ha tenido el redescubrimiento del Holocausto.

A pesar de que la «solución final» había sido documentada suficientemente, su recuerdo no tenía una presencia pública directa, y los supervivientes habían optado en su gran mayoría por el silencio y el olvido. Autores como el escritor Jorge Semprún (1923-2011), él mismo superviviente de los campos de concentración nazis, hablan de cómo las víctimas necesitan un periodo de seudosilencio antes de poder asimilar la experiencia vivida y verbalizar el trauma.

A finales de los setenta y principios de los ochenta, el gran público recibe el impacto de la miniserie americana *Holocausto* (1978) y del filme documental francés de Claude Lanzmann *Shoah* (1985). De repente, se produce un redescubrimiento. Pese a precedentes relevantes de filmes como *Noche y niebla* de Alain Resnais (1955), y de libros como *Si esto es un hombre* de Primo Levi (publicado en 1947, pero no reconocido hasta finales de la década de los cincuenta) o las reflexiones de Hannah Arendt a raíz del juicio de Eichmann (1961), será ahora cuando la voz de los testigos será escuchada.

El culto a la memoria rápidamente se extiende al resto de los «olvidados» en los diferentes hechos traumáticos vividos durante el siglo xx. Como denuncia el filósofo e historiador bulgarofrancés Tzvetan Todorov, se esparce una auténtica obsesión por el culto a la memoria en la Europa del final del milenio.

Según el historiador italiano Enzo Traverso, el auge de la memoria surge de la confluencia del éxito de la nueva historia cultural centrada en el sujeto; el lenguaje y la proliferación de políticas de identidad; y el uso posmoderno del pasado como fuente de fragmentos con la que se construye un presente según los intereses de cada cual. Se exige que el pasado no pase. La filósofa argentina Inés Mudrovic, en su libro *Historia, narración y memoria*, reconoce la pluralidad en la utilización del término y plantea una definición que puede servir de punto de partida y puede aclarar algunos equívocos sobre la categoría de memoria colectiva. Según Mudrovic, la memoria colectiva sería el relato o representación que un grupo posee de su pasado, que para algunos miembros se extiende más allá de la memoria individual, y que intenta dar sentido a acontecimientos o experiencias relevantes del pasado. Para Mudrovic, la memoria colectiva sería una especie de narrativización social de los recuerdos comunes.

En este sentido, diferentes colectivos empiezan a pedir legislación sobre el pasado, fijación de fechas conmemorativas, justicia por los crímenes cometidos, construcción de lugares de memoria, influencia en la enseñanza y extensión de una memoria social mediante rituales y museos.

Les lieux de mémoire (dirigido por Pierre Nora, 1984-1992) constituye el primer estudio sobre la concreción de la memoria colectiva en símbolos, lugares y relatos, su importancia y su influencia en la configuración de la historia, especialmente, la nacional.

La falsa percepción de revelación acaba incrementando este enfrentamiento entre historia y memoria, entre verdad y fidelidad. Se produce una revalorización de la memoria en detrimento de la denominada historia oficial, a la cual se imputa una supuesta marginación de las víctimas. La memoria se percibe como superior a la historia porque otorga voz y centralidad a los supervivientes. Sin embargo, este maniqueísmo también esconde una voluntad de reparación –de hacerse perdonar– del supuesto arrinconamiento practicado por las sociedades occidentales. Desde esta lógica, hay que compensar la deuda contraída con las víctimas por medio del duelo permanente y del impulso de políticas públicas.

Los peligros de este maximalismo, sin embargo, son evidentes. La memoria actúa de manera selectiva y subjetiva, y sufre los cambios inducidos por las exigencias del presente, de la biografía, de la propia historia oficial, y del entorno en general. La memoria está estrechamente vinculada a las emociones

y a la identidad, por eso aspira a legitimar, rehabilitar, honrar o condenar. Sacralizar la memoria puede bloquear el futuro e impedir el conocimiento objetivo, puesto que este pasa a depender absolutamente de los testimonios, de su existencia, supervivencia y veracidad.

En cambio, la historia ofrece conocimientos por acumulación y decantación, por medio de un método que se quiere objetivo, crítico y metódico. Ningún terreno le es vedado porque, por encima de todo, se prioriza el conocimiento, la interpretación, la explicación y la comprensión. No es la memoria sino la historia la que mira al pasado desde todas las perspectivas posibles, critica la mitificación, huye de la sacralización del pasado, no pretende imponer una verdad unívoca, acepta la pluralidad y la complejidad, y no busca celebrar o conmemorar nada. La historia es evidentemente perfeccionable, pero tiene conciencia de serlo y, en principio, intenta actuar en consecuencia.

Conocer el pasado pertenece a la vertiente pública, rememorarlo a la privada. No es lo mismo. No es casual, como nos recordaba el catedrático de la Universidad de Zaragoza Juan José Carreras (1928-2006), que «ninguna memoria puede reconocerse en el pasado construido por la investigación historiográfica», porque su exigencia crítica como disciplina hace que vaya más allá.

Ante la interpelación directa de los defensores de la memoria frente a la historia, los contemporanistas han mostrado básicamente tres reacciones. El primer grupo ha descalificado directamente la memoria como fuente de conocimiento e investigación histórica. Son quienes, de una manera más activa, han denunciado los excesos memorialísticos y de legislación memorial. Diferentes historiadores (Arno Meyer, Charles Maier, Henry Rousso, Pierre Nora, Tzvetan Teodorov, Carlo Ginzburg, Peter Novick, Tony Judt, etc.) de varios países (Francia, Italia, etc.) han levantado la voz ante lo que califican como abuso de la memoria.

Un segundo grupo, a pesar de marcar distancias con la memoria, se ha mostrado más cauteloso. Para este sector, estaríamos ante un fenómeno dirigido, con una clara intencionalidad política, cargado de falsos supuestos, ignorante o injustificadamente crítico hacia la disciplina histórica, poco preparado metodológicamente, y básicamente interesado en el protagonismo mediático. En otras palabras, se acercan al hecho pero con grandes prevenciones sobre las intenciones últimas de sus promotores.

Finalmente, hay quien ha entendido la necesidad, a pesar del sesgo político de ciertas reivindicaciones, de asumir desde la academia el estudio del periodo más reciente.

En el caso español, esto ha implicado una especial atención a la represión franquista, a los costes humanos y morales de la Dictadura, y al proceso de transición hacia la democracia.

Nota

En este sentido, Tony Judt (1948-2010) advertía que el siglo XX corría el riesgo de llegar a ser «un palacio de la memoria moral». Para evitarlo, el historiador inglés reivindicaba, ante una memoria siempre insuficiente, la vigencia y superioridad de la historia.

Como ha esbozado el catedrático de historia contemporánea de la Universidad de Valencia, Pedro Ruiz Torres, quizá es esta la posición más coherente y útil. Así, el historiador tiene que someter la memoria al análisis crítico que rige para el resto de las fuentes. Porque la memoria es falible, cambiante y nunca exacta. Pero a pesar de sus imperfecciones, la memoria construye continuidades imprescindibles para el individuo. En otras palabras, los defectos no la invalidan como fuente. De hecho, el **testimonio** y el **recuerdo** devienen elementos fundamentales para el historiador, no únicos, pero tampoco prescindibles.

2.4. Los debates sobre la memoria histórica

Fruto de la revalorización de la memoria frente a la historia, en todo el escenario europeo y americano surgió un movimiento con voluntad de revisar imágenes, vivencias y percepciones de un pasado cuyos traumas colectivos ocupaban un lugar central. Bajo la etiqueta de «memoria histórica», la revisitación va acompañada de una exigencia para definir políticas hacia el pasado en las que se integren elementos de ética, justicia y reparación.

Hay un evidente problema conceptual en la expresión *memoria histórica*. La memoria es por definición individual. Solo la memoria personal de quien ha sufrido directamente una experiencia, una vivencia, tiene sentido como testimonio. Por lo tanto, *memoria histórica* no tiene un vínculo directo con el recuerdo, sino que se vincula sobre todo a los usos del pasado por parte de intereses concretos, y esto condiciona desde el presente –desde los intereses y conflictos del presente– la interpretación histórica.

En este sentido, el término acentúa la importancia que el presente ya tiene habitualmente en la interpretación del pasado. La connotación diferencial se encuentra en la vinculación directa entre el uso público del pasado y unos hechos concretos y traumáticos vividos durante la segunda mitad del siglo XX –guerras, dictaduras, crímenes, genocidios, desapariciones, torturas, etc. Este pasado que, según el historiador alemán Ernst Nolte, no quiere pasar y se integra en una cultura de la memoria del pasado reciente y traumático.

En otras palabras, volvemos a la dialéctica entre la historia, vinculada como disciplina a la verdad, y la memoria, mucho más interesada en la fidelidad y parte esencial para entender la identidad propia, personal y colectiva. Para el filósofo y antropólogo francés Paul Ricoeur (1913-2005), de esto surge la necesidad de una «justa memoria» capaz de cerrar las heridas abiertas por los procesos traumáticos del pasado. De esto nace en buena medida la reivindicación del carácter catártico de la memoria y de la necesidad de rescatar un «sujeto moral desde la narración» histórica.

En el ámbito internacional, encontramos decenas de ejemplos de procesos en los que después de un acontecimiento traumático el regreso de la democracia ha puesto en marcha movimientos de recuperación de la memoria de las víctimas. A menudo, esta verbalización del dolor ha ido acompañada de medidas

de justicia transicional (comisiones de la verdad, compensaciones económicas, reconocimientos de las víctimas, establecimiento de lugares de memoria, etc.) y, en menor medida, de acciones punitivas contra los responsables de las violaciones de derechos humanos.

Ejemplos de procesos

Además del caso sudafricano, sin duda los dos ejemplos más conocidos son los de Chile y Argentina. Los dos países retornaron a la democracia después de dictaduras militares especialmente represivas. A pesar de la fragilidad institucional inicial y las amnistías impuestas por los regímenes salientes, en los dos casos se elaboraron informes exhaustivos para dar a conocer qué había sucedido realmente en el pasado reciente: la Comisión Nacional para la Desaparición de Personas argentina presentó el informe *Argentina nunca más* en 1984; y la Comisión Nacional de la Verdad y Reconciliación chilena presentó el *Informe Rettig* en 1991.

La documentación generada permitió mantener la cuestión viva en el seno de la opinión pública. Así, los diferentes gobiernos argentinos y chilenos han seguido buscando fórmulas para superar las limitaciones legales, reconociendo a las víctimas (justicia retributiva) y persiguiendo a los máximos responsables de los delitos mayores cometidos durante las respectivas dictaduras (justicia punitiva).

En España, este fenómeno no se da hasta la década de los noventa. Sin embargo, cuando aparece, lo hace con una gran fuerza social, cultural, mediática y política, de la mano de una generación de los nietos de la guerra que quieren exhumar y enterrar dignamente a sus parientes que todavía reposan en fosas comunes. Además, se incorporan tres particularidades fruto de la historia española.

En primer lugar, se vincula a un pasado más distante y más extenso (República, Guerra Civil y Dictadura). En segundo lugar, quiere dotar a este pasado de una continuidad que no tuvo a consecuencia de la larga dictadura, por ello la obsesión por «recuperar la memoria». Y finalmente, incorpora un componente reivindicativo –político, civil y sentimental–, y a menudo apologeticamente acrítico respecto de los vencidos. Este maniqueísmo ha merecido críticas tanto por parte de sectores moderados (que ven una mistificación del pasado) como de los más radicales (que los acusan de querer «reabrir las heridas»), dado que este legado no es asumido globalmente por la sociedad española.

Sin embargo, como ya se ha dicho, a finales de los noventa surge una nueva generación –no mayoritaria– que ya no hereda el miedo a reeditar los errores anteriores y cuestiona la Transición. Para ellos, el consenso se habría construido sobre el olvido por miedo a un regreso de la dictadura y, por lo tanto, condicionando la naciente democracia y malogrando su legitimidad. Una interpretación que contrasta con la visión de sus protagonistas, para los cuales, en palabras del catedrático de Historia social y pensamiento político de la UNED Santos Juliá, la opción del olvido habría sido voluntaria y justamente contraria a la amnesia:

«Echar al olvido es recordar el pasado con el propósito de que la conciencia que perdura clara, vívida, de su existencia como pasado, no bloquee los caminos de futuro».

Memoria e historia en España

En 1996 aparece el trabajo pionero de la profesora de ciencia política de la UNED Paloma Aguilar *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, en el que se analizan los procesos políticos respecto de la memoria y la historia recientes en la España contemporánea. Para la autora, la Transición se construye sobre un pacto tácito para evitar el conflicto y la incomodidad, y así facilitar el consenso. Por lo tanto, se apagan las voces más molestas, se generalizan las responsabilidades, se prioriza la no repetición de la experiencia y este mismo fantasma evita el uso del pasado como arma política.

Lentamente, las reivindicaciones de los colectivos de recuperación de la memoria histórica empiezan a tener la complicitad primero de las izquierdas y, más adelante y ya en la oposición, del PSOE. Se multiplica el número de libros, reportajes televisivos y la atención mediática sobre las víctimas del franquismo. Con años de retraso respecto de otros países (pese a algún precedente, como la ley del 2000 del Parlamento catalán para indemnizar a los exprisioneros del periodo franquista), la cuestión entra en la agenda política.

No es casual que esta nueva sensibilidad cuaje coincidiendo con la victoria del Partido Popular en las elecciones generales de 1996. Los populares impulsan una concepción de la historia con clara voluntad de hacerse «memoria nacional». Por ello, la apuesta por las grandes conmemoraciones, y por la recuperación de una «historia memoria» entendida como elemento básico de la identidad nacional-estatal. Esta historia más clásica tuvo un apoyo claro de los sectores más afines a los populares en la academia, los medios y la política.

Ejemplo

El choque en la escena pública entre dos lecturas tan opuestas del pasado no encuentra mejor representación que la simultaneidad y el contraste entre la mediática corriente revisionista de éxito de aquellos años, y la apertura en el 2000, impulsada por el periodista Emilio Silva, de una fosa común para localizar a su abuelo, acicate de la posterior fundación de la primera Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica.

En el 2002, coincidiendo con el vigésimo séptimo aniversario de la muerte de Franco, el Parlamento español condenaba por primera vez y de manera unánime el régimen anterior. Sin embargo, con la victoria socialista posterior, en el 2004, el Gobierno español redacta una proposición de ley para reconocer a las víctimas de la guerra y la Dictadura, siguiendo el texto sobre víctimas del terrorismo de 1999, pero sin conseguir el mismo grado de unanimidad.

La propuesta se centraba en el reconocimiento, el honor y la indemnización. Quedaban fuera otras demandas, como la anulación de sentencias, la exhumación de las fosas comunes o la fijación de un relato oficial sobre lo sucedido durante el periodo.

Aquel mismo año se creaba una comisión interministerial encargada de estudiar qué derechos se habían reconocido a las víctimas hasta entonces, qué acceso se podía dar a víctimas y familiares a los archivos, y cómo había que concretar el reconocimiento y la satisfacción morales. Sin embargo, mientras la comisión trabajaba, se multiplicaban las iniciativas políticas sobre cuestiones concretas, y se hacía patente el desbordamiento de la vía institucional.

A finales del 2007, se aprobó Ley de reconocimiento y extensión de los derechos a las víctimas de la Guerra Civil y de la Dictadura, popularmente denominada *Ley de la memoria histórica*. La falta de unanimidad parlamentaria recogía las diferencias existentes dentro de la sociedad, desde los medios de comunicación hasta la comunidad académica misma. Todo esto acabó restando valor anticipadamente a los avances planteados por el texto legislativo final.

Avances que se concretaron en centenares de declaraciones de reparación y reconocimiento; en miles de (nuevas o mejoradas) pensiones e indemnizaciones; en la inscripción como españoles de decenas de miles de exiliados; en la retirada de diferentes elementos de simbología franquista de edificios oficiales; en la creación de una oficina de asistencia a las víctimas; en la concesión de un programa de subvenciones para entidades vinculadas a la memoria; en la refundación y accesibilidad al Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca; y en la fijación de un protocolo de exhumaciones, a pesar de que la iniciativa seguía quedando en manos particulares.

Pero las medidas ya se habían amortizado: ciertos planteamientos quedaban fuera y, sobre todo, el Gobierno no se prestaba a la fijación de un relato oficial del pasado, al entender que esto no correspondía a la política sino a la historia. Buena parte de las asociaciones para la recuperación de la memoria histórica querían ir más allá del resarcimiento de la dignidad a los muertos y de abrir las fosas comunes. Así, exigían una condena explícita del franquismo y de la supuesta impunidad surgida de la Transición, y pedían una rectificación respecto del pasado: anulación de condenas, retirada de símbolos, homenajes, etc.

La demanda de una «construcción social del recuerdo», de una reconstrucción del pasado con una determinada carga ideológica y política, de una reivindicación explícita de los valores resistenciales dentro de la memoria colectiva democrática, no era considerada por la ley estatal (la Ley del memorial democrático catalán del 2007 sí que reivindicaba una determinada memoria y, por este motivo, recibió acusaciones de parcialidad). Repleta de buenas intenciones, la ley no satisfacía prácticamente a ninguno de los directamente interesados: para unos, no cumplía las expectativas creadas; para otros, resultaba excesiva.

Ante la creciente relevancia e incidencia social y política de la memoria histórica, la academia se ha visto obligada a pronunciarse. Para los profesionales de la historia, esta emergencia ha planteado una nueva mirada al pasado, militante, activista y no neutral políticamente. Este carácter parcial y un cierto menosprecio hacia la historiografía existente, mezclados con aspectos biográficos, han agriado el debate entre los especialistas, y se han fijado posicionamientos muy marcados.

En este sentido, hay que distinguir la academia de la calle, puesto que el conocimiento histórico sobre el pasado reciente español, a pesar de las dificultades, no ha dejado de aumentar, especialmente desde la muerte del dictador. El pacto politicosocial de la Transición para no usar como arma política el pasado se ha confundido con un silencio falsamente extendido a la investigación histórica.

Sin embargo, estos avances académicos no trascendieron al resto de la sociedad. El relato histórico sancionado institucionalmente sobre el siglo XX español se fabricó, en buena medida, durante la Transición y con los principios que esta representaba. Asumido durante años de manera acrítica por buena parte de la ciudadanía, el consenso se rompe cuando una nueva generación –que

ya no era testigo directo o indirecto de la guerra, la Dictadura y la Transición— parte de una experiencia, un presente y unas exigencias respecto del pasado exigencias diferentes respecto del pasado.

Hijos de una nueva cultura política, de ellos surge la demanda de una memoria de restitución o reconocimiento que entronca con el amplio movimiento internacional de reparación de las víctimas. Se exigen políticas públicas que permitan superar el pasado traumático por medio de un relato ético. No solo piden una compensación moral y jurídica de las víctimas —con una frecuente idealización del periodo—, sino que condenan con dureza el franquismo y la Transición, por haberse apropiado de una fórmula que ha acabado debilitando la democracia misma.

Ante estos planteamientos, encontramos un amplio abanico de posiciones dentro de la profesión. En los extremos, desde actitudes de claro apoyo como las del historiador Francisco Espinosa, para quien el silencio y el olvido practicado por las instituciones habría sido proactivo, hasta la defensa cerrada del pacto de la Transición y la actuación de la profesión, personificada por el ya citado Santos Juliá.

Para el primero, las debilidades del Estado se hacen patentes al no proclamarse como adalid de la recuperación del pasado ni romper con lo que la Dictadura representa al respecto. Solo el esfuerzo de investigadores individuales y de colectivos concretos ha forzado un cambio parcial con treinta años de retraso, pero las resistencias se mantienen por la pervivencia de un franquismo sociológico. Para el último, la insistente ansia de resarcimiento hacia las víctimas no es óbice para otras exigencias, cuyos fundamentos someten la memoria interesada a un relato histórico.

Además de estos planteamientos más extremos, encontramos también aproximaciones más templadas que consideran que la historia tiene un compromiso ético que debe cumplir. Así, valoran como necesario heredar de alguna manera la percepción de un pasado conflictivo, la transmisión y la reelaboración de este de una generación a otra.

Nota

Ante una cierta saturación, buscan fórmulas para ordenar y positivar este movimiento, en la línea de la cátedra Memoria histórica del siglo xx de la Universidad Complutense de Madrid (2004), dirigida por el ya mencionado Julio Aróstegui, hasta su fallecimiento (2013), y ahora encabezada por la profesora Mirta Núñez Díaz-Balart tras la muerte del profesor Aróstegui, y rebautizada como Cátedra Memoria Histórica del Siglo xx. Precisamente desde esta Cátedra se elaboró el Plan Integral de Memoria de Madrid en colaboración con el Ayuntamiento de la misma ciudad que acarreó una virulenta campaña política contra la labor científica de los integrantes de la Cátedra y que supuso su desaparición tras doce años de actividad pública y académica.

Más allá de los conflictos ideológico-políticos y académico-profesionales, el fenómeno de la memoria histórica plantea unos peligros evidentes. En primer lugar, la falta de perspectiva provocada por la beligerancia en torno a la cuestión. En segundo lugar, la avalancha de iniciativas sin haber fijado previamen-

te un marco general, ni en muchos casos una reflexión adecuada sobre estas. Y, finalmente, la práctica de una auténtica «cultura del homenaje» que, según el investigador de la Universidad Complutense, Sergio Gálvez, prioriza el interés político, e incluso comercial, por encima de la convivencia y el conocimiento histórico.

Seguramente, los colectivos a favor de la recuperación de la memoria histórica no han hecho sino señalar ciertas disfunciones entre el relato histórico institucional y la insuficiente preocupación de la investigación historiográfica por cumplir con su función social. No obstante, normalizar y superar el conflicto requerirá sin duda entender las diferentes dimensiones de la verdad y las diversas funciones de cada aproximación.

Así, la «verdad» del testigo tiene que merecer todo el respeto y cumple un papel. A menudo se trata de una narración personal que da sentido a la vivencia propia, que necesita ser escuchada y que, por ejemplo, es objeto de atención por parte de las comisiones de la verdad y los diferentes elementos de justicia transicional. Pero esta no necesariamente tiene que coincidir con la «verdad» histórica. Esta última suele ser mucho más rica y objetiva, y por eso tiene que incluir la primera como una fuente más, pero sin someterse a ella. Igualmente, el llamado deber de memoria que invocan plataformas, asociaciones y movimientos cívicos se mueve en la misma tensión entre los aspectos valorativos y éticos y el conocimiento histórico. Como deber de memoria se tiene que entender la identificación existente entre el recuerdo colectivo con la obligación moral respecto a las víctimas o los derrotados de la historia. Con el deber de memoria, la memoria colectiva deja de ser un fenómeno social amplio y con múltiples derivaciones para pasar a ser patrimonio exclusivo de los de abajo o de los que ejercen, a través de la memoria, la solidaridad con los vencidos en las múltiples guerras y episodios traumáticos del pasado.

3. La historia de la cultura en la era de la información

La historia se encuentra por doquier envolviendo nuestro entorno. Si bien ya hace muchas décadas que trascendió el ámbito académico estricto y la doble utilidad como legitimadora y cohesionadora social, nunca como ahora había tenido una presencia, explícita o implícitamente, tan destacada. En esta eclosión de la historia y la cultura, cuyo vínculo destaca con luz propia, han tenido un papel esencial los nuevos medios de comunicación y las nuevas tecnologías, que la han revalorizado como fuente de contenidos y focos de interés.

Incluso las concreciones más clásicas del hecho histórico han vivido una recuperación. En general, los museos actuales están lejos de aquellas instituciones donde se reunían de manera estática y vagamente cronológica o temática los diferentes fondos acumulados y decantados a lo largo de los siglos. La revolución museográfica, fruto de la aplicación de las nuevas tecnologías y de las nuevas aproximaciones teóricas y prácticas, ha diversificado la oferta y ha integrado al visitante por medio de nuevos discursos y experiencias. La simple contemplación ha dado paso al encuentro directo con el pasado, con elementos de interacción, reflexión y disfrute.

Si vemos ejemplos particulares, esta evolución es evidente en los grandes museos (Prado, Louvre, Thyssen de Madrid, Picasso de Barcelona, etc.), donde disponen de capacidad para invertir y actualizarse. Evidentemente, esto se da especialmente en las exposiciones temporales, en las que resulta más sencillo escapar de la rigidez de las colecciones permanentes.

Esta mirada más abierta y transversal también llega al resto de los espacios de presentación de patrimonio, reflexión o exhibición que no responden a la definición más clásica de museo.

Infraestructuras de nueva creación como el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona (1994), pero también centros de arte contemporáneo o vinculados a la ciencia, han hecho un esfuerzo por hacerse entender al público.

La renovación y actualización del discurso pasó por una primera etapa de museografías más cercanas, más de «toca-toca», para ir evolucionando en los últimos años hacia una integración de la tecnología en la explicación y comprensión de la muestra misma. Esta creciente tecnificación no se limita a la parte museística estricta, sino que ha implicado al resto de los procesos de gestión, como la catalogación, el acceso en línea a la información, la conservación o la investigación, entre otros.

Más profunda ha sido la transformación de la **narrativa histórica**. La multiplicación de cabeceras, soportes y temáticas ha producido más referencias académicas que nunca. Algunos de estos títulos ya no se dirigen exclusivamente a

los colegas sino que han buscado por temática o voluntad divulgativa un público más genérico interesado en cuestiones históricas. Hoy no es extraño encontrar entre los ensayos más destacados obras de historiadores o de historia.

No obstante, sin duda, allí donde el vínculo entre narrativa e historia ha tenido más éxito es en **la novela histórica**. Pese a no tratarse de ningún género nuevo, su implosión sí que se puede considerar nueva, tanto por la diversidad de ambientaciones como por el número de ejemplares vendidos. Dentro de este apartado encontramos desde recreaciones de escrupulosa fidelidad a relatos más o menos libres, que a menudo incorporan personajes inventados dentro de trasfondos verídicos. El *boom* del género no parece que haya tocado techo, y semanalmente se publican nuevos títulos.

A los *best-sellers* internacionales como Bernard Cornwell, Lindsey Davis, Christian Jacq o Valerio Massimo Manfredi, se han añadido en los últimos años otros locales, que no tienen nada que envidiarles, como por ejemplo Arturo Pérez-Reverte, Juan Eslava Galán o Santiago Posteguillo. Cabe decir que el *boom* de la novela histórica, a veces de la mano de otros géneros también en auge como la novela negra, parece del todo imparable como fenómeno de alcance internacional. En el año 2010 Laurent Binet se llevaría el premio Goncourt con su excelente novela *HHHhH*, centrada en la Operación Antropoide para asesinar al dirigente nazi Reinhard Heydrich; la premio Nobel Svetlana Aleksíevich ha desarrollado buena parte de su obra reflexionando sobre el pasado soviético de Rusia, y en otro sentido, el británico Simon Scarrow se ha convertido en un auténtico fenómeno con sus diversas novelas de temática histórica, que le han valido el Premio Internacional de Novela Histórica Barcino 2015. El mismo hecho se ha producido en los ámbitos catalán y español: el éxito de los libros de Javier Cercas; de Albert Sánchez Piñol, con *Victus*, o de un clásico de la literatura catalana como *Incierta gloria* a raíz de su adaptación cinematográfica.

A menudo, el éxito editorial ha facilitado el paso a otros formatos, especialmente televisivos y cinematográficos. El caso de *Pan negro* e *Incierta gloria*, ambas dirigidas por Agustí Villaronga, serían ejemplos recientes de éxito del paso de la literatura histórica a la gran pantalla. Como en el caso anterior, se trata de fenómenos tan antiguos como el medio mismo, pero que en estos años toman una dimensión desconocida. La profusión de adaptaciones históricas ha creado géneros propios dentro del cine, como por ejemplo el péplum, el western, el bélico centrado en la Segunda Guerra Mundial o las películas biográficas, entre otros.

En cuanto a la televisión, la historia ha nutrido de contenidos series míticas del medio.

Desde el *Yo, Claudio* (1976) adaptado por la BBC a partir del clásico de 1934 de Robert Graves sobre la Roma imperial, hasta las más recientes creaciones de cadenas extranjeras como la ITV –la Inglaterra de principios de siglo xx de *Downton Abbey* (2010)–, HBO –la miniserie sobre la Segunda Guerra Mundial *Band of Brothers* (2001), la película biográfica sobre el segundo presidente de EE. UU. *John Adams* (2008), la América de la Gran Depresión en *Mildred Pierce* (2011), la Atlantic City de la mafia en *Boardwalk Empire* (2010-2014)–, AMC –los sesenta reconstruidos en *Mad Men* (2007-2015)–, o *La Commune* (2007), un falso documental de seis horas sobre los hechos de la Comuna de París. La lista sería muy larga, desde las más trabajadas visualmente, a pesar de que con licencias de guion – *Roma* (2005-2007), *Los Tudor* (2007-2010), etc.–, hasta las más irreverentes – *Allo allo!* (1982-1992), *La víbora negra* (1983-1989). Entre las más recientes encontramos *The Promise* (2011), sobre el conflicto palestino-israelí, o *Burning Bush* (2013), sobre la ocupación soviética en Checoslovaquia en 1969.

En el caso español, recientemente han destacado productos de reconstrucción histórica más o menos rigurosa como *Hispania*, con la resistencia del luso Viriato contra los inva-

sores romanos (Antena 3, 2010-2012), o *Isabel*, sobre la reina Isabel la Católica de Castilla (TVE, 2012-2014), junto con series de nostalgia histórica como *Cuéntame cómo pasó* (2001-2012) o *Amar en tiempos revueltos* (2005-2012), y también divertimentos más de acción que con fidelidad histórica, como *Águila Roja* (2009-2012), las tres de TVE. Aparte, nos encontramos con el curioso caso de las películas biográficas sobre personajes de la Transición –*Tarancón, el quinto mandamiento* (2011) en TVE, *Adolfo Suárez, el presidente* (2010) en Antena 3– o miniseries sobre el golpe de Estado de Tejero en 1981 –23-F: *El día más difícil del rey* (2010) en TVE–, o ejemplos más llamativos, como las series biográficas *Felipe y Letizia* (2010) y *La Duquesa* (2011, sobre la duquesa de Alba) producidas por cadenas como Tele 5, más interesadas en el morbo mediático y la crónica rosa que en la verosimilitud histórica. TV3, por su parte, ha hecho series de mejor calidad, con menos medios y tocando temas locales, como *Temps de silenci* (2001), *La Mari* (2003), *Ermessenda* (2010) y *Tornarem* (2012), y todas han conseguido un gran éxito de audiencia, y se ha reavivado el interés por la historia con programas documentales como *Sota terra* (2012), la serie *300* (2014) o, más recientemente, el programa *Trinxeres* (2017), que en formato de *road movie* recorre el frente de Cataluña durante la Guerra Civil a lo largo de 1938.

Sin embargo, no todos los contenidos tienden a la recreación, sino que también encontramos programas y canales temáticos dirigidos expresamente a la divulgación histórica.

Desde las reconocidas producciones presentadas por el historiador inglés Simon Schama, a la más polémica *Memoria de España* (2003-2004), asesorada por el historiador español Fernando García de Cortázar; sin dejar de lado el cariz conspiranoico de muchos documentales de History Channel (o «Canal Hitler», como es denominado en Estados Unidos por la profusión de documentales sobre este personaje).

Sin demasiada dificultad, hoy podemos localizar en las diferentes escaletas televisivas espacios centrados en dar a conocer hechos y biografías de nuestro pasado –*Los niños perdidos del franquismo* (2002), *Operación Nikolai* (2004) o *Las fosas del silencio* (2005). A pesar de que la referencia clásica en este ámbito son las producciones inglesas, el origen de estos espacios es cada vez más diverso. Muy relacionado con este interés por la divulgación encontramos también espacios radiofónicos, así como una gran oferta de revistas generalistas o específicas en nuestros quioscos (*Historia y Vida*, *L'Avenç*, *La Aventura de la Historia*, *Sàpiens*, *Clío* o *Historia National Geographic*).

La popularización de la historia también se extiende a los medios de comunicación más vinculados a las nuevas tecnologías. Así, encontramos temáticas y trasfondos históricos en videojuegos, blogs, foros y otros espacios. Por sus propias características, internet facilita el contacto y el intercambio entre especialistas y aficionados a partes concretas de nuestro pasado.

Páginas web como Hislibris o Novilis, con miles de lectores diarios, con reseñas de novedades y clásicos en literatura histórica de todo tipo, aseguran la participación de lectores aficionados y consiguen llamar la atención de editoriales, instituciones culturales e incluso instituciones públicas.

Este interés creciente y diverso tiene también una traslación económica. La historia, vinculada al patrimonio y la cultura, deviene un argumento de atracción para el turismo y para la propia actividad económica.

Cada vez resulta más común toparse con ferias medievales, exhibiciones romanas (Tarraco viva) y todo tipo de recreaciones históricas más o menos fidedignas (Legión VII Gémina) que apelan a esta fascinación por el pasado.

Bibliografía

- Aguilar, P.** (1996). *Memoria y olvido de la guerra civil*. Madrid: Alianza.
- Aróstegui, J.** (2004). *La historia vivida: sobre la historia del presente*. Madrid: Alianza.
- Aróstegui, J.; Gálvez, S.** (2010). *Generaciones y memoria de la represión franquista*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.
- Aurell, J.** (2005). *La escritura de la historia. De los positivismos a los postmodernismos*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.
- Aurell, J.; Balmaceda, C.; Burke, P.; Soza, F.** (2013). *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*. Madrid: Akal.
- Breisach, E.** (2003). *Sobre el futuro de la historia. El desafío postmodernista y sus consecuencias*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.
- Budd, A.** (2009). *The Modern Historiography Reader. Western Sources*. Londres: Routledge.
- Burguière, A.** (2006). *La Escuela de los Annales. Una historia intelectual*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.
- Burke, P.** (2004). *¿Qué es la historia cultural?* Barcelona: Paidós.
- Burke, P.** (1990). *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*. Barcelona: Gedisa.
- Carreras, J. J.** (2003). *Seis lecciones sobre historia*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- Chartier, R.** (1991). *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Madrid: Gedisa.
- Croce, B.** (1938). *La historia como hazaña de la libertad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cuesta, J.** (1993). *Historia del presente*. Madrid: Eudema.
- De Groot, J.** (2009). *Consuming History*. Oxon: Routledge.
- Dosse, F.** (1991-1992). *Historia del Estructuralismo*. Madrid: Akal.
- Eley, G.** (2005). *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.
- Eley, G.** (2010). *El futuro de la clase en la historia*. Valencia: PUV.
- Espinosa, F.** (2006). *Contra el olvido: historia y memoria de la guerra civil*. Barcelona: Crítica.
- Fontana, J.** (1992). *La historia después del fin de la historia*. Barcelona: Crítica.
- Fontana, J.** (2005). *La historia de los hombres*. Barcelona: Crítica.
- Fontana, J.** (2011). *Por el bien del imperio*. Barcelona: Pasado & Presente.
- Fontana, J.** (2017). *El siglo de la revolución*. Barcelona: Crítica.
- Gombrich, Ernst H.** (2014). *Breve historia de la Cultura*. Barcelona: Península.
- Gunn, S.** (2006). *Historia y teoría cultural*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.
- Iggers, G. G.** (1995). *La ciencia histórica en el siglo XX. Tendencias actuales*. Barcelona: Idea Boocks.
- Judt, T.** (2005). *Postguerra: una historia de Europa desde 1945*. Madrid: Santillana.
- Juliá, S.** (2011). *Elogio de historia en tiempo de memoria*. Madrid: Marcial Pons.
- Kaye, H. J.** (1992). *La educación del deseo. Los marxistas y la escritura de la Historia*. Madrid: Talasa.

- Lowenthal, D.** (1985). *El pasado es un país extraño*. Madrid: Akal.
- Mudrovic, I.** (2005). *Historia, narración y memoria. Debates actuales en la filosofía de la historia*. Madrid: Akal.
- Novick, P.** (1988). *Ese noble sueño: la objetividad y la historia profesional americana*. México: Instituto Mora.
- Osterhammel, J.** (2015). *La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX*. Barcelona: Crítica.
- Scott, J. W.** (2001). «Historia de las mujeres». En: P. Biurke (ed.). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Semprún, J.** (1994). *La escritura o la vida*. Barcelona: Tusquets.
- Silva, E.** (2003). *Las fosas de Franco*. Madrid: Temas de Hoy.
- Steedman, C.** (1986). *Landscape for a Good Woman: a history of two lives*. Londres: Virago Press.
- Stone, L.** (1979). «El resurgimiento de la narrativa: Reflexiones acerca de una nueva y vieja historia». En: L. Stone (1981). *El pasado y el presente* (págs. 95-120). México: Fondo de Cultura Económico.
- Todorov, T.** (1995). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Traverso, E.** (2005). *El pasado: instrucciones de uso*. Madrid: Marcial Pons.
- Vilar, P.** (1997). *Pensar históricament*. Barcelona: Crítica.

Anexo

Selección cronológica de las obras más significativas de historia cultural

- 1860 **Burckhard, J.** *La cultura del Renacimiento en Italia*. Barcelona: Ediciones Zeus.
- 1889 **Burckhard, J.** *Reflexiones sobre la historia universal*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1904 **Weber, M.** *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península.
- 1912 **Durkheim, E.** *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Alianza.
- 1912 **Febvre, L.** *Philippe II et la Franche-Comté: étude d'histoire politique, religieuse et sociale*. París: Librairie Ancienne Honoré Champion.
- 1919 **Huizinga, J.** *El otoño de la edad Media. Estudios sobre la forma de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y los Países Bajos*. Madrid: Alianza Editorial.
- 1924 **Bloch, M.** *Los reyes taumaturgos: estudio sobre el carácter sobrenatural atribuido al poder real, particularmente en Francia y Gran Bretaña*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1927 **Berad, C; Beard, M.** *Historia de la civilización de Estados Unidos de Norteamérica desde sus orígenes hasta el presente*.
- 1929 **Freud, S.** *El malestar de la cultura*. Barcelona: Laia.
- 1939 **Elias, N.** *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1947 **Febvre, L.** *El problema de la incredulidad en el siglo XVI: la religión de Rabelais*. Madrid: Akal.
- 1949 **Braudel, F.** *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1957 **Panofsky, E.** *El significado de las artes visuales*. Madrid: Alianza Editorial.
- 1958 **Williams, R.** *Cultura y Sociedad 1780-1950*. Barcelona: Laia.
- 1959 **Newton, F. (seudónimo de E. Hobsbawm).** *The Jazz Scene*. Londres: Penguin Books.
- 1959 **Hauser, A.** *Historia social del Arte y la Literatura (3 vol.)*. Barcelona: Labor.
- 1959 **Hobsbawm, E.** *Rebeldes primitivos*. Barcelona: Ariel.
- 1961 **Williams, R.** *La larga revolución*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- 1963 **Thompson, E. P.** *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.
- 1966 **Foucault, M.** *Las palabras y las cosas: una arqueología del saber*. Madrid: Siglo XXI.
- 1967 **Braudel, F.** *Civilización material, economía y capitalismo: siglos XV a XVIII*. Madrid: Alianza Editorial.
- 1969 **Foucault, M.** *La arqueología del saber*. Madrid: Siglo XXI.
- 1973 **White, H.** *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1974 **Le Goff, J.; Nora, P. (ed.).** *Hacer la Historia. Nuevos Problemas. Nuevos Enfoques. Nuevos Temas (3 vol.)*. Barcelona: Laia.
- 1975 **Le Roy Ladurie, E.** *Montaillou, aldea occitana 1294-1324*. Madrid: Taurus.

- 1975 **Foucault, M.** *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI.
- 1975 **Certau, M. de.** *La escritura de la Historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- 1975 **Mosse, G.** *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimiento de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich*. Madrid: Marcial Pons.
- 1976 **Ginszburg, C.** *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Muchnik.
- 1976-1984 **Foucault, M.** *Historia de la sexualidad* (3 vol.). Madrid: Siglo XXI.
- 1977 **Kriedte, P.; Kisch, H.; Mendels, F.** *Industrialización antes de la industrialización*. Barcelona: Crítica.
- 1978 **Duby, G.** *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*. Madrid: Taurus.
- 1978 **Le Goff, J.; Revel, J.; Chartier, R.** *La nouvelle histoire*. París.
- 1978 **Said, E.** *Orientalismo*. Barcelona: De Bolsillo.
- 1979 **Bourdieu, P.** *La Distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- 1980 **Sewell, W.** *Trabajo y revolución en Francia: el lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848*. Madrid: Taurus.
- 1981 **Duby, G.** *El caballero, el cura y la mujer*. Madrid: Taurus.
- 1983 **Davis, N. Z.** *El regreso de Martin Guerre*. Madrid: Akal.
- 1983 **Anderson, B.** *Comunidades imaginadas*. México: FCE.
- 1983 **Hobsbawm, E.; Ranger, T.** *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.
- 1983 **Stedman Jones, G.** *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*. Madrid: Siglo XXI.
- 1983 **Guha, R.** *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in colonial India*. Oxford: Oxford University Press.
- 1983-1985 **Ricoeur, P.** *Tiempo y narración*. México: Siglo XXI.
- 1984-1992 **Nora, P. (dir.).** *Les lieux de mémoire*. París: Gallimard.
- 1988 **Scott, J. W.** *Género e historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1988 **Chartier, R.** *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Madrid: Gedisa.
- 1990 **Butler, J.** *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- 1991 **Roediger, D.** *The Wages of Whiteness: Race and Making of american working Class*. Londres: Verso.
- 1991 **Thompson, E. P.** *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.
- 2000 **Chakrabarty, D.** *Al margen de Europa. ¿Estamos ante el final del predominio cultural europeo?* Barcelona: Tusquets.
- 2000 **Burke, P.** *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*. Barcelona: Paidós.
- 2001 **Winock, M.** *Las voces de la libertad*. Barcelona: Edhasa.
- 2004 **Bayly, C. A.** *El nacimiento del mundo moderno 1780-1814*. Malden: Blackwell.
- 2006 **Sasoon, D.** *Cultura. El patrimonio común de los europeos*. Barcelona: Crítica.
- 2008 **Mokyr, J.** *Los dones de Atenea. Los orígenes históricos de la economía del conocimiento*. Madrid: Marcial Pons.
- 2010 **Winock, M.** *El siglo de los intelectuales*. Barcelona: Edhasa.

- 2011 **Fontana, J.** *Por el bien del imperio*. Barcelona: Pasado & Presente.
- 2012 **Brockman, J.** (ed.) *Cultura*. Barcelona: Crítica.
- 2015 **Pagden, A.** *La Ilustración y por qué sigue siendo importante para nosotros*. Madrid: Alianza.
- 2016 **Wilkzec, F.** *El mundo como obra de arte*. Barcelona: Crítica.

